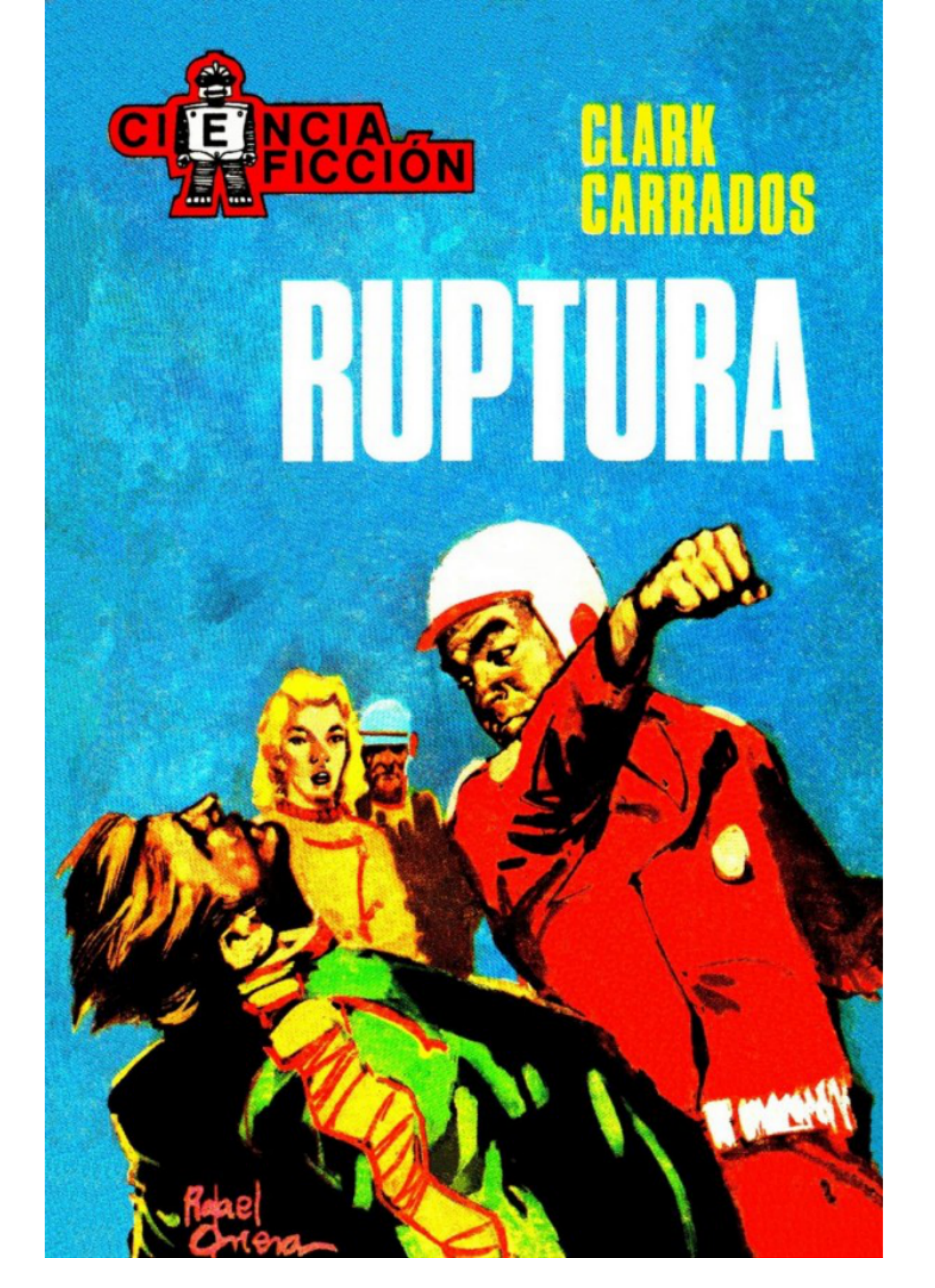

CIENCIA FICCIÓN
CLARK CARRADOS
RUPTURA
Rafael Orrena

RUPTURA

CLARK CARRADOS

RUPTURA

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

Depósito Legal: B. 24.180 - 1969

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO I

Con gesto agresivo, Myrin Kopper contempló el indicador de carga de su pistola solar. La perspectiva no podía ser más sombría.

Un proyectil pasó chillando por encima de su cabeza y fue a estrellarse contra una roca situada a cincuenta metros tras él. La roca voló en multitud de pedazos diminutos, que se esparcieron zumbando como metralla.

Tenía tres cargas en la pistola, ni una más. Podía deshacer a tres hombres -seis, con un máximo de buena suerte, si se les ocurría acercarse por parejas-, pero nada más. Después...

El siguiente proyectil explotó delante de él. Kopper se encogió instintivamente en el agujero que era su parapeto. Una piedra golpeó su casco y sintió retumbar el impacto en su cerebro. No quería mirar hacia su derecha. No quería mirar los restos de la nave que había sido su hogar y el de sus compañeros durante meses e incluso años.

Se preguntó a qué maldito idiota se le había ocurrido la idea de desembarcar para comerciar en Exthar V. Era una tontería buscar un responsable, cuando él era el único superviviente de la tripulación.

La nave, enorme, esférica, mostraba enormes brechas en todo su casco como resultado de los proyectiles de las armas de los extharianos. Los habitantes de aquel planeta usaban unas armas rarísimas, pero de poderosos efectos.

Otro proyectil estalló a su derecha, haciendo volar por los aires una nube de humo y polvo. El suelo vibró como consecuencia del estallido. Kopper hubiera querido ser topo para poder cavar y esconderse bajo la superficie.

Los extharianos tiraban un poco al albur. Quizá no conocían con exactitud su emplazamiento. Pero acabarían por encontrarle.

Kopper se sentía pesimista a este respecto. Lo único que le extrañaba era que no hubiesen arado el lugar con sus fusiles lanzadores de microgranadas. Los proyectiles no tenían más de siete milímetros de calibre, pero contenían una carga paranuclear, aunque sin efectos secundarios de radiación, equivalente a la explosión de mil quinientos gramos de aquel viejo explosivo llamado trilita.

Los extharianos, simplemente, le retenían en aquel punto. ¿Por qué?

Kopper no quería recordar los momentos siguientes a la toma de tierra. El ataque se había desencadenado salvaje, instantáneamente, sin darles tiempo a repelerlo. La mayoría de los miembros de la tripulación habían muerto ignorantes de lo que sucedía.

Las microgranadas habían abierto amplias brechas en el casco de la nave, causando horribles destrozos en el interior. Unos pocos afortunados

habían conseguido saltar fuera, sólo para caer bajo el devastador fuego de los extharianos.

En menos de veinte segundos, habían muerto todos menos él. Myrin Kopper había conseguido alcanzar la protección de un hoyo abierto por la explosión de uno de aquellos proyectiles y allí estaba desde hacía cinco o seis minutos.

Le parecía que había pasado un siglo desde que sintieron la primera trepidación de la nave, causada por un impacto. Kopper, una vez fuera, había corrido frenéticamente, disparando su pistola solar sin cesar. Había visto caer a algunos de sus adversarios, pero no se había entretenido en contar su número.

Ahora sólo faltaba que los extharianos desencadenasen el ataque final. Por qué no regaban aquel lugar con sus proyectiles era algo que Kopper no lograba entender del todo.

Y no quería rendirse, porque sabía que aquellos seres no le darían cuartel. Con amarga filosofía, procuraba resignarse pensando que, ya que iba a morir, se llevaría a cuantos pudiera por delante.

Tres, a lo sumo. Quizá cuatro o cinco. Tal vez seis, pero no más. Sin embargo, ¿qué importancia tenía la cifra exacta?

Otra microgranada estalló, ahora a veinte metros, ensordeciéndole con su tremebunda explosión. Las piedras volaron con agudos chillidos. Kopper, furioso, se asomó un instante y disparó una vez.

Delante de él se encendió una luz vivísima. Durante medio segundo, un exthariano se convirtió en una silueta luminosa, incandescente. Luego, aquella luz se apagó. Al disiparse el resplandor, ya no quedaba nada del individuo.

Le quedaban dos cargas. Y no podía reactivar la pistola.

Sencillamente, estaban en el ocaso. El sol de Exthar V, tan necesario para reactivar la pistola, se había puesto hacia unos minutos tan sólo.

Si pudiera aguantar hasta la noche... Pero pensar en la oscuridad no le serviría de nada. La primera de las siete lunas de Exthar V ya se alzaba sobre el horizonte. Con que solamente hubiera dos en fase de creciente, la luz que emitirían sería suficiente para que los extharianos captasen el menor de sus movimientos.

De repente, los extharianos abrieron un fuego infernal.

El suelo hervía en explosiones a su alrededor. El ruido de los estallidos era ensordecedor. Enormes nubes de humo y polvo formaron una especie de cinturón a su alrededor, impidiéndole la visión.

Las piedras, al ser despedidas con indescriptible violencia, silbaban agudísimamente. Kopper se dio cuenta que la distancia media mínima de las explosiones era de quince o veinte metros.

Y no daban señales de cesar. Era un tormento insufrible. Pero, ¿por qué

no lanzaban un proyectil directamente al hoyo para acabar con aquella salvaje tortura?

Súbitamente, el centelleo de explosiones se paró. Aturdido, cubierto de polvo, Kopper se puso en pie, tambaleándose como un beodo. Estaba atontado, escasamente discernía lo que sucedía a su alrededor.

Una silueta humana surgió ante él. Kopper levantó la mano armada, pero el otro, más rápido, disparó una piedra y la pistola solar voló por los aires.

Sonó un salvaje alarido de triunfo. Varios hombres atravesaron la barrera de humo y polvo, que todavía no se había disipado, y cayeron sobre él, emitiendo feroces aullidos de triunfo.

Kopper intentó defenderse. Una docena de puños golpearon su cara y cuerpo. Eran puños movidos por un asesino deseoso de venganza.

Cayó al suelo. Los pies desnudos de los extharianos le golpearon despiadadamente. Iba a morir linchado bárbaramente, pensó, cuando ya sentía que su mente se sumía en las fronteras de su inconsciencia.

Entonces oyó una voz femenina que cortó en seco aquel inhumano martirio:

—¡Basta!

Los golpes cesaron instantáneamente. Pero Kopper no tuvo tiempo de contemplar a la autora de la orden, porque acababa de perder el conocimiento.

* * *

Cuando despertó, se encontró tendido en un cómodo lecho de pieles de suave pelaje. Una lámpara de difuso resplandor alumbraba la estancia.

Kopper se dio cuenta de que se hallaba en una cueva grande, abrigada, donde reinaba una agradable temperatura. Incorporando un poco la cabeza, pudo ver una puerta cubierta por una piel rayada.

Recordó todo lo ocurrido desde el momento de su desembarco. Nuevamente se vio a punto de morir linchado. Había recibido multitud de golpes, algunos de ellos verdaderamente dolorosos.

Sin embargo, ahora no sentía el menor dolor. Asombrado, se miró y vio que estaba vestido con ropas limpias, sin duda traídas del almacén de repuestos de la astronave.

Se pasó la mano por la cara. Recordaba haber recibido dos tremendos puñetazos en el pómulo y no haber sangrado. Pero no quedaba el menor rastro de la herida, ni tampoco veía hematomas en sus brazos ni en sus piernas. Vestía camisa remangada y pantalones cortos y tendría que haber divisado a la fuerza las señales de los golpes recibidos.

¿Y las costillas? ¿Quién había hundido un puño como un martillo de

herrero en su costado derecho, quebrándole un par de costillas? No sentía el menor dolor ni advertía dificultades respiratorias. Sencillamente estaba como si acabase de despertarse de un sueño tranquilo y reparador.

¿Había soñado todo lo ocurrido?, se preguntó.

Sentóse en el borde de la cama. A su izquierda divisó una segunda puerta, en forma de arco, cubierta igualmente con una piel.

Levantándose, caminó unos pasos y apartó la piel. Parpadeó al verse en la entrada de un cuarto de baño, situado en otra cueva, pero dotado de todos los adelantos en materia sanitaria.

—¿Le agrada su alojamiento, señor Kopper? —preguntó una mujer a sus espaldas.

Kopper giró en redondo. Al mismo tiempo, la luz aumentó. Unas lámparas, situadas en nichos invisibles, acababan de encenderse. Kopper examinó detenidamente a la desconocida.

Era una mujer de unos treinta años, extrañamente hermosa, alta, de piel muy blanca y pelo intensamente negro, que caía en largas ondas por su espalda. Vestía de un modo sucinto con unas pieles amarillas y negras, que cubrían apenas el busto y la cintura.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Sbinia —respondió ella, sonriendo ligeramente.

—Sbinia, ¿qué?

—Nada más. Sbinia a secas —dijo ella—. Pero le diré que puede llamarme princesa, jefe de Estado, primer ministro... lo que le plazca, señor Kopper.

—Ah, vamos, es el número uno de Exthar V.

—Sí, justamente. Sin embargo, todo el mundo me llama por mi nombre. Usted también puede hacerlo, señor Kopper.

—Muy bien, Sbinia. En ese caso, dígame qué hago aquí, por favor.

Ella sonrió ligeramente.

—¿Nota algún dolor en la espalda? —inquirió.

—No siento el menor dolor en ninguna parte de mi cuerpo —respondió Kopper—. Deben de tener ustedes unos médicos estupendos. .

—Los tenemos, en efecto. Celebro que no perciba nada y que no le haya quedado ninguna secuela de la operación a que ha sido sometido.

Kopper abrió unos ojos como platos.

—¿Operación? —repitió —. ¿Quirúrgica?

—Sí, exactamente —confirmó Sbinia.

—Pero, ¿por qué? ¿Tan mal estaba cuando me recogieron?

—No es eso, señor Kopper. Había recibido usted una buena paliza, pero nada grave en conjunto. Un par de costillas rotas, todo lo más.

—En ese caso, no entiendo por qué me operaron.

—Sencillamente, para convertirle en un asesino —dijo Sbinia con


plácido acento.

CAPÍTULO II

Kopper creía estar soñando. Las piernas le flaquearon de pronto y se sentó en la cama.

—Asesino —murmuró.

—Exactamente, esa es la palabra adecuada —corroboró Sbinia, sin perder la sonrisa.

—Sigo sin entender nada —declaró Kopper—. Ustedes sí que asesinaron a mis compañeros...

—No debieron haber venido a Exthar V animados de ciertas intenciones que usted conocía muy bien, señor Kopper.

—Nosotros sólo pretendíamos comerciar...

—¿De veras? —se burló Sbinia—. En ese caso, ¿por qué no solicitaron un visado de comercio en cualquiera de nuestras Legaciones en los distintos planetas de este Sector Galáctico?

—Yo no era el comandante —se defendió él.

—Pero era el co responsable de la nave, como los otros diecinueve. El aparato pertenecía a todos por partes iguales y las decisiones se tomaban por mayoría. ¿Cree que no conocemos el historial de la «Massilia»? Más que comerciantes, eran ustedes filibusteros del espacio.

Kopper apretó los labios.

—Está equivocada, pero no la sacaré de su error —dijo.

—Sobre este tema, discutiríamos largo rato y no nos pondríamos de acuerdo. Señor Kopper, si hubieran obtenido el visado de comercio, deberían haber aterrizado en el astropuerto destinado a naves comerciales. En lugar de ello, lo hicieron en el sitio donde fueron atacados. ¿Quiere que le diga por qué?

—Sí, dígamelo; resultará interesante, Sbinia.

—Muy bien. A unos tres mil metros del punto donde ustedes tomaron tierra, hay un yacimiento de diamantes extharianos. No surgen como los diamantes corrientes, sino que se obtienen bloques enormes, a veces de cinco y seis metros de lado. Usted sabe de sobra que ese diamante, adecuadamente conformado, representa nuestra moneda de transacción.

—Le aseguro que ignoraba por completo este dato —dijo Kopper—. Sólo sé que la decisión de aterrizar en este lugar fue tomada por el comandante, el segundo oficial y el navegante, y que fue aprobada por el resto de la tripulación.

—Usted, entre ellos.

—Eran diecinueve votos a favor. ¿Qué iba a hacer yo votando en contra?

Sbinia frunció el ceño.

—¿Cuánto tiempo llevaba con la «Massilia»?

—Unos tres meses —contestó Kopper—. Puede comprobarlo con la documentación de a bordo; imagino que algunos papeles se habrán salvado...

—¿Cómo llegó a la nave?

—Bueno, un amigo mío me habló de ella y de los buenos negocios que hacían. Me contó la forma en que se desenvolvían y me pareció bien. Había una vacante; uno de los tripulantes había fallecido pocos días antes.

—¿Y bien?

—Ese amigo me propuso invertir dinero y adquirir la participación del muerto. Así lo hice... aunque nunca me dijo que se tratase de una nave pirata, cosa que sigo dudando.

—Lo era, señor Kopper —insistió Sbinia—. Y si no le dijeron nada, fue porque todavía no le conocían bien y recelaban de usted. La policía del Sector tenía entre ojo a la «Massilia», créame.

—Bien, pero eso no les autoriza para desencadenar aquel bárbaro ataque.

—¿No? Estamos en nuestro planeta y defendemos nuestra propiedad. Hacemos nuestras propias leyes y las aplicamos según nuestras normas. Ningún Consejo estelar nos pedirá cuentas de lo que hemos hecho, se lo aseguro.

—En ese caso, sólo le falta pronunciar mi sentencia de muerte —gruñó Kopper.

—Olvídelo. Le dejamos vivir porque le necesitábamos. Puede que, en efecto, fuese un policía infiltrado para detener las depredaciones de la «Massilia»; eso, de todas formas, no nos importa en absoluto. Lo que interesa es que llegaron a Exthar V sin visado de comercio y que si es usted policía, sus jefes no han avisado a nuestra Central de Orden para nada.

—No soy policía —dijo él malhumoradamente.

—Mejor, así no tendremos que rechazar protestas —contestó Sbinia con tranquilidad.

—Pero tampoco soy un asesino.

—Lo es —confirmó la bella exthariana fríamente—. Y matará a quien nosotros le indiquemos o...

—¿O qué? —preguntó Kopper.

—O morirá usted.

Sbinia hablaba muy seriamente, pero Kopper sintió deseos de echarse a reír.

—No me tome el pelo —contestó enojado.

—No es broma, Kopper —dijo ella, suprimiendo el tratamiento—. Asesinará a una persona, porque de ello depende nuestra supervivencia como nación planetaria libre.

—¿Quiere decir que esa persona no está en Exthar V?

—Sí, justamente.

—Entonces, ¿por qué no lo hacen ustedes mismos?

—Simplemente, para eludir complicaciones. Lo hará un asesino cualquiera, pero no nacido ni ciudadano de Exthar V.

—Yo —dijo Kopper.

—Sí, usted.

—Sabrán que he estado aquí...

—Todos los tripulantes de la «Massilia» han muerto —dijo Sbinia sin inmutarse—. Usted no es ahora Myrin Kopper, sino Alvan Bett.

—Un nombre falso, ¿eh? Y, ¿qué me dice de mi cara?

Sbinia sonrió.

—Por favor, entre en el baño y mírese al espeje.

Kopper la contempló en silencio unos instantes.

Luego, obedeciendo la sugerencia, dio media vuelta y penetró en el baño.

Se contempló al espejo. Un grito de asombro se escapó de sus labios.

Antes era rubio. Ahora tenía el pelo negro. Antes poseía una nariz más bien cyranesca. Ahora se la habían recortado, dándole un perfil enteramente distinto. Los pómulos sobresalían un poco e incluso la barbilla era casi cuadrada.

Su fisonomía, con aquellas modificaciones, había sufrido una transformación radical. Incluso el color azul de sus pupilas había cambiado a marrón.

Regresó al dormitorio.

—Entonces, me han operado de algo más que en la espalda —dijo.

—Sí. Una cosa: el pelo es negro, no teñido —le advirtió ella.

Kopper sintió que la cabeza le daba vueltas.

—Empiezo a sospechar que llevo aquí más días de los que creía —murmuró.

—Sí —admitió Sbinia con una encantadora sonrisa—. Para ser exactos, treinta y nueve desde su captura. Pero ahora debe descansar. Le traerán la cena y repondrá sus fuerzas. Continuaremos hablando mañana, en mi despacho oficial. Buenas noches, Kopper.

Sbinia llegó a la puerta, alzó la piel y se volvió hacia el aturdido prisionero.

—No intente salir, por favor. Hay dos centinelas con órdenes muy estrictas respecto a usted —se despidió.

* * *

Kopper estaba aturdido.

Llevaba treinta y nueve días. Le habían cambiado la fisonomía.

Y el nombre. Ahora se llamaba Alvan Bett.

Tenía que asesinar a una persona, pero no sabía quién era.

Sólo sabía que se trataba de la supervivencia de Exthar V. Y, ¿qué le habían hecho en la espalda? Movió los hombros. No percibía nada extraño. ¿Por qué había hablado Sbinia de una operación quirúrgica en la espalda?

Contempló la cena, sobre una mesa hecha de una losa de piedra pulida, de bordes irregulares, apoyada sobre un pilar del mismo material. Al menos, se dijo, los alimentos de Exthar V eran naturales, nada de elaboraciones artificiosas. Aquella pierna de cordero —o del animal que fuese—, tenía un aspecto y un olor exquisitos.

El vino era rojo, transparente, de singular fragancia. «Me parece que me he perdido una gran cosa no viniendo antes a Exthar V», pensó, mientras se echaba un largo trago al coleto. En medio de todo, se consoló filosóficamente, estaba vivo, lo que no era poco.

Respecto a lo de asesinar a un tipo, era otro cantar. Veríamos lo que pasaba cuando llegase el momento, se dijo.

Durmió apaciblemente. Por la mañana le trajeron un sólido desayuno. Una vez hubo terminado, dos hombres armados con sendas pistolas paranucleares le hicieron salir.

Kopper no había estado nunca en la capital del Exthar V. La cueva se hallaba en la ladera de una montaña desde la que se dominaba una extensa panorámica. No le extrañó ver las bocas de otras cuevas; lo que le asombró fue no ver los rascacielos que esperaba contemplar en aquel extraño mundo.

La anarquía urbanística era absoluta. Había casas de uno y dos pisos, chozas de caña y paja, tiendas de campaña, «roulottes» de acampada... Era un abigarramiento colosal, indescriptible, lleno de color y animación y de un pintoresquismo total, casi enloquecedor.

Las gentes iban vestidas mínimamente, lo mismo hombres que mujeres. Sólo sus acompañantes llevaban unos cascos amarillentos, con una extraña insignia en el frontis. Con el cinturón del que pendía la pistola, era todo su uniforme. El resto de la indumentaria lo constituían unos pantalones cortos de piel de dos colores.

Veíanse vehículos por todas partes: lo mismo aéreos que terrestres. Automóviles, aeromóviles, alfombras voladoras, gravimóviles, bicicletas, helicópteros... El desorden circulatorio era total, pero no se produjo ninguna colisión.

¿Qué medios empleaban aquellos extraños seres para regular el tránsito?

Sus dos guardianes le hicieron sentar en el centro de un banco situado sobre lo que parecía una esterilla de metal, provista de una palanca larga en

el lado derecho. Flanqueado por los dos guardias, Kopper contempló atentamente las maniobras del que iba a pilotar el rarísimo artefacto.

El guardia asió la palanca, apoyó el pulgar en el cabo superior y tiró ligeramente hacia sí. La «alfombra voladora» se elevó en el acto.

Un helicóptero pareció ir a caer sobre ellos. A veinte metros, el aparato se desvió automáticamente a un lado. «Deben de llevar un radar especial anticolisión», pensó Kopper.

Era la única explicación que se le ocurría. La máquina, volando a poca velocidad, se elevó a unos doscientos metros y se dirigió hacia un edificio que se divisaba a lo lejos.

Pasaron sobre lo que parecía un gran estadio, rebosante de gentío, incluso en lo que debía ser terreno de juego. Kopper comprendió que era un mercado, dónde se compraba y se vendía de todo.

Llegaron a las inmediaciones del edificio. El aparato descendió suavemente. Kopper vio que el edificio estaba construido con grandes pilares de piedra, irregularmente colocados, pero confiriendo a la estructura una indiscutible solidez. Había grandes ventanas; eran, simplemente, huecos en la fachada, lugares que debían haber sido ocupados por una piedra y habían quedado libres.

La alfombra voladora se detuvo junto a una de las ventanas, situada en el único piso del edificio. Sbinia se asomó en aquel instante.

—Entre, Kopper —invitó con atractiva sonrisa.

Kopper pasó del aparato al antepecho, de un grosor cercano a los dos metros. El suelo distaba unos sesenta centímetros escasamente y era también de piedra, rojiza, aunque muy pulida.

La gran mesa que había en el centro de la vasta estancia era una enorme losa, sustentada por dos soportes rocosos, completamente irregulares. Había varios cómodos asientos, recubiertos de pieles de distintos animales. Sobre la mesa, Kopper divisó la pantalla de un fonovisor.

Esa era toda la decoración. Kopper la examinó de un vistazo y dijo:

—Ustedes parecen un pueblo de la Edad de Piedra al que de repente han llegado los adelantos científicos del siglo XXIII.

—Nos gusta vivir así —contestó—. El contraste resulta más grato, pero nuestros hospitales, por ejemplo, no tienen que envidiar a los más modernos de la Galaxia. Ni las instalaciones fundamentales, como centrales eléctricas o de comunicaciones, tampoco.

—Es un bonito mundo —alabó él.

—Por eso queremos defender nuestra supervivencia —dijo Sbinia—. Por favor, póngase cómodo, Kopper. Aunque a partir de este momento, le llamaré por su nuevo nombre.

—Alvan Bett.

—Justamente.

—El nombre de un asesino.

—El nombre de un hombre que va a salvar a Exthar V, Aunque a usted le parezca exagerada mi afirmación —declaró Sbinia tajantemente.

CAPÍTULO III

Kopper calló unos minutos.

—Todavía no conozco el nombre de la persona a quien debo matar —dijo al cabo.

Sbinia estaba ocupada llenando dos copas de vino. Se volvió hacia él y le entregó una.

—Se llama Gaya y ocupa, en Förr XI, un puesto análogo al mío —manifestó.

—Una mujer.

—Sí.

—Vaya —comentó Kopper chanceramente—. A juzgar por lo que veo, en este sector impera el matriarcado.

—Todo es cuestión de acatar las indicaciones de máquinas calculadoras —dijo Sbinia—. Tanto en el caso de Gaya como en el mío, los «tests» programados dieron por resultado que ella y yo ocupáramos las respectivas jefaturas de Estado planetario.

—Felicito a esas máquinas —dijo Kopper gravemente—. Así, pues, tengo que cometer lo que vulgarmente se llama un magnicidio.

Sbinia se sentó lánguidamente en un diván recubierto de suaves pieles rojas. El contraste entre la blancura de su piel y el negro de sus cabellos era agradable para la vista.

—Exactamente, Alvan —contestó ella—. No le daré más explicaciones; ya le he dicho lo bastante, al mencionarle que se trata de la supervivencia de Exthar V. Si queremos seguir siendo libres e independientes, Gaya debe morir.

—¿Es una mujer belicosa?

—Ambiciosa es la palabra correcta. Pero la ambición trae siempre la guerra.

—Yo creí que estarían en condiciones de defenderse por sí mismos —dijo Kopper.

—No contra sus armas —contestó Sbinia.

—¿Qué clase de armas?

—Paralizadoras de la voluntad.

—Explíquese, por favor.

—Son, simplemente, unas bombas de gas que estallarían en las capas altas de la atmósfera. Un miligramo de ese gas, basta para contaminar varios kilómetros cúbicos de atmósfera. Con varias docenas de bombas, cada una de las cuales no contendría menos de cincuenta toneladas de gas, tendrían más que suficiente para anular nuestra voluntad y conquistar Exthar en un santiamén.

—¿Y por qué no lo han hecho ya?

—Muy sencillo. Porque el gas persistiría durante decenas de años antes de disiparse. ¿De qué les serviría conquistar un planeta si no pueden aprovecharse de su conquista?

—¿Qué me dice de las máscaras antigás?

—Inútiles. Las partículas del gas paralizante son tan pequeñas, que atraviesan los filtros más perfectos. Probablemente, un filtro retendría o no dejaría pasar solamente un porcentaje de un por millón. Sería suficiente para causar efectos en el sujeto.

—De todas formas, sigo sin comprender el objeto de ese gas. Si es tan nocivo para el atacante como para el atacado...

Sbinia sonrió.

—El atacante está trabajando, precisamente, en el antídoto; es decir, en otro gas que le permita purificar la atmósfera.

—Entiendo. Pero los afectados se curarán...

—No. Las lesiones cerebrales serán irremediables. Vegetaremos, simplemente, seremos complacientes máquinas de carne y hueso, que no harán otra cosa que obedecer las órdenes que les den sus amos.

Kopper miró a la joven de los pies a la cabeza.

—Me gustaría tener ese gas —dijo.

Sbinia se sonrojó.

—No diga tonterías, Alvan —contestó, levemente enojada—. Bien, ahora ya está enterado de los motivos que nos impulsan a desear la muerte de Gaya.

—Pero, ¿por qué ella precisamente? Muerta Gaya, los trabajos de investigación sobre el gas del antídoto continuarán. Y, ¿qué habrá conseguido entonces?

Ella habló, tuteándole:

—Alvan, tú ignoras muchas cosas, por ejemplo, que Gaya, pese a su juventud, tiene más o menos mi edad, es un químico de primera magnitud y está trabajando personalmente en esas investigaciones químicas. Naturalmente, ello le lleva a descuidar sus funciones de gobierno, pero lo delega en su primer ministro Dahlare, un sujeto hábil y competente en política.

—Muy bien —dijo Kopper—. ¿Qué medio debo emplear para matar a Gaya?

Sbinia se encogió de hombros con indiferencia.

—Ah, eso es cuestión tuya —respondió—. Lo importante es que lo consigas antes de ciento diez días.

Kopper respingó al oír la cifra.

—¿Por qué ciento diez días? —exclamó.

—Primero, llevas ya cuarenta días con nosotros. A partir del día en que

se te capturó, el plazo era de ciento cincuenta días.

—Cinco meses.

—Justamente, Alvan.

—Por tanto, me quedan tres meses y veinte días.

—Sí, pero tienes tiempo de sobra.

—Bueno, ¿qué pasará si me retraso?

Sbinia le dirigió una dulce mirada.

—Lo siento por ti, querido. A las doce de la noche del día centésimo quincuagésimo, si Gaya está aún viva, tú habrás muerto.

* * *

Kopper se paseaba por su encierro como un león enjaulado.

Asuntos de Estado habían reclamado la atención de Sbinia, haciéndole interrumpir la conversación, que le había prometido reanudar en otro momento, a fin de ultimar detalles.

Por tanto, Kopper ignoraba por qué había de morir al finalizar el día número ciento cincuenta, si para entonces no había conseguido matar a Gaya. Además, ¿qué medio debía utilizar para consumar el magnicidio?

Y, ¿cómo se trasladaría a Förr XI?

Era inútil calentarse los cascos, se dijo. Sbinia se lo aclararía más tarde... pero ya había cenado y todavía no tenía noticias de la hermosa joven.

De repente oyó ruido afuera. Sonó un quejido de dolor.

Kopper miró hacia la puerta. La cortina de piel se agitó y un cuerpo humano cayó dentro, retorciéndose en las convulsiones de la agonía.

El mango de un puñal asomaba por su pecho. Kopper se quedó atónito.

Era uno de sus centinelas. ¿Dónde estaba el otro?

Afuera se oía todavía ruido de lucha. Era evidente que atacaban a los centinelas, pero, ¿por qué?

La comprensión entró súbitamente en su cerebro. ¡Iban a asesinarle!

Se oyó un nuevo grito de agonía. ¿Era que nadie oía el estruendo de la lucha?

La cortina se apartó de pronto y un hombre entró, con los ojos encendidos y una espada ensangrentada en la mano derecha.

Los centinelas habían sido suprimidos, no cabía duda; y por un medio bien antiguo, aunque no por ello menos efectivo. Gaya, adivinó Kopper, protegía su vida.

El asesino avanzó lentamente hacia Kopper, quien retrocedió paso a paso hasta que se sintió detenido por la pared. Durante unos segundos, los dos hombres se miraron fijamente a los ojos.

Kopper adivinó en su atacante la intención de lanzarse a fondo. Inició

una retirada lateral, pero no fue sino un amago. Inmediatamente, y cuando el otro saltaba ya hacia él, dio un paso hacia la izquierda.

El acero rozó su costado derecho. Kopper agarró con todas sus fuerzas la muñeca armada, en el mismo instante en que la hoja, al chocar con la pared, se rompía con sonido cristalino.

El asesino gruñó, viendo frustrado su intento. Intentó desasirse de su adversario, pero al ver que le era imposible, movió su mano izquierda hacia el costado del mismo lado.

Kopper adivinó que iba a sacar un puñal y soltó su presa. El asesino dejó caer la espada partida por la mitad y, efectivamente, desenvainó un puñal.

Paso a paso, se acercó a Kopper. De repente, se abalanzó hacia él, a la vez que emitía un gruñido inhumano.

Kopper se lanzó hacia adelante, como si se arrojase al agua. Su cabeza chocó contra las piernas del sujeto, haciéndolo caer al suelo, en donde rodó un par de veces. Pero se levantó con singular agilidad.

No obstante, Kopper estaba ya en pie y le golpeó con el pie en la mandíbula. El otro se tambaleó, aunque sin soltar el puñal.

De nuevo el asesino le tiró un viaje brutal, dirigido al bajo vientre. Kopper saltó a un lado y, moviéndose con la velocidad del rayo, agarró la muñeca armada y se volvió rapidísimamente. Luego empujó hacia arriba, con un gesto seco y preciso.

El puñal penetró profundamente en la carne de su adversario, cuyos ojos voltearon agónicamente en sus órbitas. Kopper se separó un paso de él.

Durante un instante, el asesino se mantuvo en pie. Luego, lanzando un horrible ronquido, se desplomó de bruces.

Dos hombres armados irrumpieron entonces en la estancia.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó excitadamente uno de ellos.

—Han querido asesinarme, simplemente —contestó Kopper, mientras se servía una copa de vino.

Los dos hombres se miraron entre sí.

—Traemos orden de llevarle ante Sbinia —dijo luego uno.

—Muy bien, no hay inconveniente. ¿Quién se encargará de solucionar el problema de las pompas fúnebres?

—No se preocupe. Avisaremos para que vengan a llevarse los cadáveres. Venga con nosotros, señor Kopper.

—Muy bien. Andando.

Kopper abandonó su alojamiento. En la pequeña explanada de la entrada divisó dos cuerpos tendidos. Un guardia y un desconocido. Ello le hizo saber que los atacantes habían sido dos.

Por fortuna, el atentado se había frustrado. Pero, ¿fallarían la próxima

vez?

*   *   *

Uno de sus acompañantes había informado ya por radio durante el trayecto de los sucesos ocurridos. Así pues, cuando llegó a su residencia Sbinia estaba enterada del atentado.

Sus acompañantes le condujeron a una enorme estancia, tenuemente iluminada, en donde había un gran diván, cubierto de pieles, algunos cómodos sillones y un par de mesas, una de ellas con servicio de bebidas. Sbinia entró casi corriendo a los pocos momentos de su llegada.

—Me han dicho que quisieron matarte —exclamó.

—Así es —confirmó él—. Tuve suerte y salvé el pellejo.

Ella parecía muy alterada. Vestía un breve corpiño de suave piel blanca y negra y una especie de pantaloncitos del mismo material. El pelo, como de costumbre, estaba suelto y le llegaba hasta la cintura.

—Es horrible —murmuró—. Nunca creí que en Exthar V pudiera suceder una cosa semejante.

—¿Por qué no podía suceder? —Kopper se acercó a la mesa y llenó dos copas, una de las cuales entregó a la joven—. Tú estás bien informada de lo que ocurre en Förr XI, ¿no?

—Así es —admitió Sbinia.

—Bien, en tal caso, no tiene nada de particular que Gaya esté igualmente enterada de lo que pasa aquí... y del asesinato que planeáis para eliminarla. Por tanto, han querido anticiparse, eso es todo.

—Eso significa que hay traidores —dijo ella con gran vehemencia.

Kopper se echó a reír.

—Sbinia, dime, ¿cómo considerará Gaya a los hombres que te han dado información sobre su gas paralizante?

Ella quedó callada un poco.

—No es lo mismo —dijo al cabo—. Nosotros no pretendemos hacer una guerra de conquista.

—Como quieras —Kopper se encogió de hombros.

—Pero si voy a estar todavía mucho tiempo aquí, no quiero que me tengas desprotegido. Los asesinos despacharon fácilmente a los centinelas.

Sbinia le dirigió una mirada de admiración.

—Tú, en cambio, conseguiste salvarte. Y estabas desarmado —exclamó.

—No había tipos torpes a bordo de la «Massilia» —contestó él.

—Lo estoy viendo. Alvan, ahora sé que saldrás adelante en tu empeño.

—Es el tuyo, no el mío. Yo sólo actúo forzadamente. Si pudiera, desistiría en el acto.

—Pero no puedes. Además, cuando hayas matado a Gaya, tendrás tu recompensa. Podrás pedir lo que quieras y te lo daremos.

Kopper dejó su vaso a un lado y miró profundamente a la joven.

—Voy a tomarme un anticipo a cuenta de esa recompensa —anunció.

—¿Cómo? —exclamó Sbinia, en el momento en que los fuertes brazos del hombre rodeaban su esbelta cintura.

—Sí, un anticipo —repitió él, buscando los rojos labios de la joven.

Sbinia se resistió unos instantes, aunque Kopper notó que era una resistencia más bien formularia. Bien pronto notó en torno a su cuello los cálidos y flexibles brazos de Sbinia y percibió en sus labios la ardorosa respuesta de los de la hermosa mujer.

CAPÍTULO IV

Kopper estaba tendido en el diván, con la cabeza apoyada en el regazo de Sbinia. Los dedos de la joven peinaban suavemente sus cabellos.

—¿Cómo he de matar a Gaya? —preguntó.

—Ah, eso es cuenta tuya —contestó ella—. No te indicamos medios; sólo exigimos eficiencia.

—Comprendo. Pero sabe ahora que aquí se prepara un atentado contra ella. Por tanto, habrá tomado sus precauciones.

—Tú puedes quebrantar fácilmente todas las barreras de protección. ¿Crees que no hicimos pruebas de inteligencia mientras estabas bajo los efectos de la anestesia?

—No descuidáis detalle, ¿eh?

—Tenemos que asegurar el triunfo, Alvan.

—Claro, claro —dijo él sarcásticamente—. Sbinia, yo soy el único superviviente del ataque a la «Massilia». Te aseguro que yo ignoraba sus actividades filibusteras, pero... ¿qué habría pasado si el superviviente hubiera sido otro? Uno de esos piratas, como los llamáis vosotros, vamos.

—Le habríamos estudiado igualmente.

—¿Y si no hubiera resultado apto?

—Lo habríamos convertido en un individuo apto para llevar a cabo la misión.

Kopper se enderezó de pronto y quedó casi frente a ella, mirándola con sorpresa.

—¿Estás tratando de decirme que acondicionasteis mi mente para poder llevar a cabo la misión sin error posible?

Sbinia sonrió.

—Por fortuna, no fue necesario en tu caso, aunque lo habríamos hecho sin vacilar, de estimarlo preciso —contestó.

—Bien, de acuerdo. Ahora dime una cosa: ¿cómo sabes que moriré si no he cumplido la misión a los ciento cincuenta días de mi captura?

—Dentro de tu cuerpo llevas una pequeña bomba, con espoleta, calculada para provocar la explosión a los cinco meses justos —explicó ella sin inmutarse—. Eso espoleará tu imaginación.

Kopper sintió un escalofrío.

—¿Una... bomba? —repitió.

—Sí, ya lo has oído. Por tanto, o mueres tú o muere Gaya.

—No das muchas facilidades para la elección —gruñó él—. ¿Qué pasarla si os engañase?

—No podrás hacerlo. Conoceremos la muerte de Gaya y no sólo por tu informe, sino por el de otras personas de toda confianza.

—Ah, vamos, los espías que tenéis en Förr XI.

—Justamente —confirmó Sbinia con encantadora sonrisa.

—Bien, pero, ¿cómo voy a llegar a Förr XI? —preguntó él—. Porque, si mal no recuerdo, la «Massilia» se fue al diablo a consecuencia de vuestro ataque.

—Te hemos preparado una astronave especial para ti solo. El viaje a Förr XI no es problema... hasta cierto punto.

Kopper miró a la joven y meneó la cabeza.

—Sois unas gentes bien extrañas —murmuró—. Empleáis todos los adelantos de la civilización, pero vuestro comportamiento en la vida cotidiana, es casi el de los hombres de la Edad de Piedra...

—No nos gusta deshumanizarnos por un exceso de civilización —contestó Sbinia—. Encontramos cómoda y grata esta vida y, la verdad, sólo tomamos del progreso lo estrictamente necesario. Vivimos felices, créeme; y por eso queremos preservar lo que hemos conseguido.

—A costa mía —gruñó él—. Sbinia, no será fácil llegar a Förr XI. El planeta estará vigilado, lógicamente.

—Es que tú no irás por las rutas normales, Alvan.

—¿Cómo?

—Viajarás a través de la Banda de Ruptura, el lugar por donde Gaya no esperará jamás que llegue una astronave a su planeta.

Kopper se horrorizó.

—¡La Banda de Ruptura! —exclamó—. ¡El Desfiladero del espacio! ¡Nadie atraviesa esa zona, Sbinia!

—Tú lo harás —dijo ella inflexible.

—Puedo verme proyectado a una época temporal distinta. O perderme en aquel desfiladero durante el resto de mis días.

—Pasarás —afirmó Sbinia sin inmutarse.

—¡No! —gritó él, poniéndose en pie de un salto.

—Bien, en ese caso, recuerda que ya sólo te quedan ciento nueve días de vida.

Kopper se pasó una mano por la cara.

—Esto es una canallada —murmuró.

—Sí —admitió Sbinia tranquilamente.

Él la miró a través de los dedos de sus manos.

—¿Tendré que volver aquí para que desconectes la bomba que tengo dentro del cuerpo?

—No será necesario. Cuando sepamos que Gaya ha muerto, la desconectaremos desde aquí, mediante una señal de radio. Más adelante, si quieres, podrás volver y te dejaremos la cara como la tenías y, naturalmente, también sacaremos la bomba de tu cuerpo.

—Volveré —prometió Kopper con voz tensa—. Volveré, y entonces...

Sbinia alargo los brazos hacia él.

—Querido, no pienses ahora en el futuro. Concéntrate en el presente con todas tus fuerzas... y el presente, ahora, soy yo.

Kopper sonrió, mientras la abrazaba de nuevo.

—Un presente muy agradable —murmuró, mientras buscaba sus labios una vez más.

*   *   *

La nave estaba dispuesta en el astropuerto de Exthar V.

—Dentro tienes armas de varias clases —dijo Sbinia—. Usa la que creas más conveniente para tus planes. También encontrarás una fuerte suma de dinero. En moneda galáctica, por supuesto.

—No queréis comprometeros, ¿eh?

—Así como lo oyes. Lógico, ¿no?

—Claro, claro... —dijo él sarcásticamente.

—También hay una fotografía de Gaya. Estúdiala bien y quémala luego.

—Entiendo. ¿Algo más?

Sbinia le dirigió una profunda mirada.

—Dos cosas, Alvan. Primero, la nave tiene ya programada la órbita hasta un día luz de la Zona de Ruptura. Volarás hasta allí automáticamente. A partir de este momento, tendrás que pilotar la nave tú en persona. Los controles automáticos no sirven en el Desfiladero.

—Comprendo. ¿Cuál es la otra advertencia?

—Te quedan solamente ciento siete días, Alvan.

Kopper hizo un signo de asentimiento.

—Un plazo no demasiado largo —masculló—. Volveré, Sbinia.

—Estaré aguardándote —prometió ella, a la vez que le lanzaba una intensa mirada.

Kopper ya no dijo nada más. Caminó con paso firme hacia la nave y, unos momentos después, estaba sentado en el puesto del piloto.

Se cruzó de brazos. Todas las operaciones de despegue y navegación se realizarían automáticamente. Hasta dentro de tres días no tendría que preocuparse en absoluto del gobierno del aparato.

Unos minutos después, la astronave se elevó raudamente en el espacio y Kopper quedó frente a su destino.

El dilema era bien simple: matar o morir.

*   *   *

Las horas pasaban lentamente. Se acercaba ya el momento en que debería recobrar el mando de la nave.

Kopper pensaba con escalofríos de miedo en la bomba que tenía incrustada bajo la piel. Sbinia le había dado todavía más detalles del artefacto.

Podía, efectivamente, buscar a un cirujano que se la quitase. Pero la bomba haría explosión prematuramente. Sólo desactivando la espoleta por la señal de radio previamente se podría realizar luego la operación.

El desarme tenía que ser hecho mediante una cifra de código adaptada especial y exclusivamente a la espoleta. No había otro sistema para quitarle la bomba. Ni siquiera el mismo cirujano que había realizado la operación en Exthar V podría intervenirle de nuevo, sin la previa desactivación radial de la espoleta.

Una luz centelleó de pronto en el cuadro de mandos. El piloto automático había dejado de funcionar.

Momentos después, Kopper se vio ante un muro de oscuridad impenetrable. Estaba llegando a la Banda de Ruptura.

Allí, en aquella extraña región del Universo, se rompían las coordenadas normales del tiempo y del espacio. Una nave podía ser arrancada a su posición temporal y ser lanzada a un millón de años en el pasado. O en el futuro.

O salir disparada, proyectada a un universo distinto, donde todo podía suceder al revés o donde viviría inexistentemente. ¡Podían ocurrir tantas cosas al cruzar lo que algunos astronautas llamaban, y todos evitaban cuidadosamente, el Desfiladero de la Nada!

Veinticuatro horas más tarde, la nave se zambulló en la Banda de Ruptura.

La oscuridad más completa le rodeó instantáneamente.

Sólo veía los instrumentos del cuadro de mandos, tenuemente iluminados. Las agujas del reloj calendario se movían enloquecidamente, aunque no rebasaban el total de la esfera ni en un sentido ni en otro.

Kopper hizo una prueba.

Aceleró. El tiempo avanzó. ¿Avanzaba la nave también en el espacio?

Volvió a la velocidad normal. Las agujas de indicación de tiempo se estabilizaron. De repente, la nave pareció hundirse en una sima profundísima.

Kopper notó la variación de órbita, porque le pareció se hallaba a bordo de un ascensor que descendía por un túnel sin fin. Quiso refrenar la caída, pero le resultó imposible.

Por fortuna, se dijo, la programadora estaba grabando automáticamente su nuevo rumbo. Podría seguirla de nuevo... si no salía a otro Universo y a una época situada en el tiempo a gran distancia de la suya.

La caída duró casi quince minutos. Luego, la nave se movió hacia adelante.

Kopper se dio cuenta de que estaba trasladándose de los instrumentos, fijándose con especial interés en el calendario, en donde una esfera señalaba el tiempo normal, aislada por completo de toda variación temporal, mientras otra, con calendario igualmente, indicaba las alteraciones de fechas.

Kopper se dio cuenta de que estaba trasladándose al futuro a no demasiada velocidad. Según las marcaciones, el adelanto era de un minuto por cada dos, lo que significaba doce horas en un día.

Al finalizar un día completo normal, estaría a treinta y seis horas en realidad del principio de aquel período. En doce días normales, el adelanto sería de seis.

Empezó a reflexionar sobre aquel tema. Claro que podía haber zonas donde el adelanto fuese más rápido o el retraso, es decir, el viaje al pasado, se hiciese a mayor velocidad. Pero, en uno y otro caso, ¿adonde iba a parar?

De repente, se le ocurrió una idea.

Realizó unas cuantas operaciones. La nave se detuvo, en medio de un insondable pozo de tinta negra.

Las esferas temporales, sin embargo, continuaban en funcionamiento. Se trasladaba al futuro, pero no se desplazaba en el espacio.

Al cabo de un rato, reanudó el avance. La Banda de Ruptura no era tan peligrosa como se decía.

Por lo menos hasta el momento. Quizá los programadores de la órbita le habían elegido el punto de mejores condiciones para la travesía. Por el momento, sin embargo, y salvo aquel cuarto de hora de caída, no tenía motivos para sentir aprensión.

Dos horas más tarde y sin haber variado un ápice su rumbo, salió a un lugar donde las estrellas resplandecían con maravillosos fulgores. Consultó las marcaciones temporales.

El viaje al futuro no había sido excesivamente alejado de su presente: seis horas y algunos minutos tan sólo. Si hubiera viajado otra nave paralelamente a la suya, pero sin variaciones temporales, no llegaría a aquel punto sino hasta seis horas y algunos minutos más tarde.

Ahora, se dijo, sólo faltaba fijar la órbita que le conduciría a Förr V. Llegaría al planeta y...

De repente, una lamparita del cuadro de mandos empezó a centellear. Su luz era roja y Kopper intuyó algún peligro.

Conectó el receptor de radio. No oyó una voz humana, aunque sí distinguió una señal internacional. Era una serie de puntos y rayas, que formaban parte de un código más viejo aún que la astronáutica. Aquella

señal se había demostrado insustituible en determinados momentos y no había variado en absoluto con el transcurso de los siglos.

Era, sencillamente, una llamada de socorro, un S.O.S. emitido por alguien que, indudablemente, se encontraba en grave riesgo.

CAPÍTULO V

Kopper conectó el orientador, que localizó el origen de la llamada instantáneamente.

Procedía de un punto situado a siete u ocho millones de kilómetros. Una mira automática situó el telescopio—televisor en la dirección exacta.

Graduó el mando de aproximación. Se trataba de un planeta, era lógico. ¿Quién estaba en peligro?

Puso en funcionamiento los elementos analíticos. Dimensiones del planeta: cero ochenta Tierra. Gravedad: cero setenta y cuatro con respecto a la terrestre. Atmósfera: respirable, con presión casi normal de setecientos veinte milímetros. Habitado: no. Vegetación: sí. Seres vivientes no inteligentes: sí (peligro de fieras, por tanto). Agua: sí, más bien escasa. Radiación: normal. Temperatura media: 27° (Kopper silbó; una temperatura media de veintisiete grados centígrados podía significar dos cosas: ambiente tropical o desiertos).

Consultó el indicador higrométrico. Humedad: cuarenta por ciento. Entonces, abundaban las zonas desérticas, lo que compaginaba con la escasez de agua.

Pero había alguien en peligro y no podía desatender su llamada.

Tomó la fuente de emisiones como radiofaro y se sirvió de ella para programar un rumbo de aproximación automático hasta veinticinco mil metros de la superficie. La nave, por sí sola, reduciría su velocidad hasta el momento más adecuado para recobrar los mandos.

Una hora después, pudo apreciar a ojo desnudo algunos detalles de la superficie del planeta.

Se veían algunas zonas azules, aunque el color general era el amarillo. Un planeta habitable, aunque poco agradable para residir en su superficie.

Las llamadas de socorro continuaban repitiéndose a intervalos regulares. Era evidente que se trataba de un emisor de funcionamiento automático.

Sesenta minutos después, un gong de suaves tonos le indicó que era hora ya de recobrar los mandos manuales. Una pantalla le indicaba el punto de máxima intensidad de las emisiones de socorro y fue siguiendo sus indicaciones, hasta que creyó hallarse en la vertical del transmisor.

Estaba ahora a unos doce mil metros de altura. Conectó un telescopio auxiliar y examinó el terreno que tenía bajo la nave.

Un desierto, un árido y espeluznante desierto, sin una sola mata en cuanto alcanzaba la vista. ¿Quién podía sobrevivir allí?

Continuó descendiendo. Abundaban las rocas. El suelo era irregular en algunos puntos. Había elevados farallones de piedra, rojoamarillenta en la

mayoría de los casos.

El aspecto de la superficie era tétrico, deprimente. Kopper descendía ahora contrarrestando la gravedad del planeta. Las emisiones de radio, que no cesaban en su ritmo singular, le guiaban adecuadamente.

Minutos después, la nave tocaba tierra. Kopper se puso en pie.

Tenía que salir al exterior para encontrar al autor de las llamadas. Pero no podía hacerlo sin estar prevenido.

Tras una ligera reflexión, se colgó de la cintura una pistola solar. También se proveyó de una bolsa con alimentos concentrados y un recipiente con dos litros de agua.

El planeta estaba alumbrado por una estrella de luz amarilla, que brillaba a unos ciento cuarenta millones de kilómetros de distancia. Su luz era despiadadamente cegadora.

Kopper se puso unas gafas ahumadas y un sombrero de anchas alas, elementos indispensables para caminar por el desierto. Una vez equipado, abrió la puerta.

Una insoportable vaharada de calor le dio en pleno rostro. El ambiente era de una sequedad extraordinaria.

Saltó al suelo. A treinta pasos de distancia, divisó una pirámide metálica, de la que sobresalía una larga antena. Era el emisor de señales de socorro.

Mucho más cerca, a quince pasos escasamente, vio un esqueleto humano.

Los huesos estaban completamente descarnados y blanqueaban al sol. La calavera mostraba una eterna mueca de burla en una macabra sonrisa.

Aquel esqueleto se burlaba de él. El autor de la llamada había muerto hacía muchísimos años, esperando en vano un socorro que no había llegado jamás.

Por tanto, Kopper había hecho el viaje en balde.

Emitió un gruñido de rabia.

Había consumido cinco días desde su partida de Exthar V. Por tanto, sólo le quedaban ciento cuarenta y tres días.

Era una cuenta inexacta. Los ciento cuarenta y tres días de vida serían si no tomaba en consideración los cuarenta que había permanecido bajo anestesia. En realidad, el cálculo exacto era de ciento cuatro días.

Y estaba allí, perdiendo el tiempo por un esqueleto que seguía burlándose de él.

* * *

Era hora de volver a la nave. El transmisor de radio no ofrecía ninguna peculiaridad extraordinaria, salvo que estaba alimentado por baterías de

carga solar, lo cual significaba que sus emisiones durarían siglos.

Había que evitar, por tanto, que otro viajero del espacio hiciese un aterrizaje en vano. Kopper abrió una puertecita lateral y cerró el conmutador. Las llamadas cesaron en el acto.

Entonces fue cuando oyó el grito de la mujer.

Se volvió, terriblemente sobresaltado. ¿Era una ilusión de sus sentidos?

Al otro lado de la nave, a doscientos metros escasamente, divisó un elevado muro de roca, de color rojo amarillento, con entrantes y salientes de contornos irregulares. La altura media del farallón era de unos setenta metros.

El grito había sonado en aquella dirección. No sólo la transparencia de la atmósfera, sino también el absoluto silencio que reinaba en aquellos parajes, donde no se movía un solo soplo de viento, le había permitido captar el grito con toda nitidez.

El grito se repitió.

Kopper echó a correr hacia el farallón.

Era un hombre alto, robusto, fornido. En circunstancias normales, pesaba ochenta y cinco kilos.

Pero la gravedad de aquel desértico planeta era solamente 0,74 con respecto a la terrestre.

Ello significaba que cada kilo suyo de peso quedaba rebajado en doscientos sesenta gramos. La cuarta parte, aproximadamente.

Por tanto, ahora pesaba unos sesenta y tres kilos y algunos gramos. Pero sus músculos no habían perdido en potencia.

Todo lo contrario, con la misma fuerza, tenían que mover un peso mucho menor. Naturalmente, avanzó con mayor rapidez de lo ordinario y en menos de veinte segundos se plantó ante el farallón.

Entonces fue cuando vio al monstruo moviéndose lentamente por el suelo árido y pedregoso.

Era una especie de gusano gigantesco, de dos metros de altura por doce o catorce de longitud, que reptaba merced a una larga teoría de patas cortísimas. Su cabeza, semiesférica, estaba prolongada por una especie de tentáculos, seis en total, de varios metros de longitud, que ondeaban siniestramente, tratando de adentrarse en una profunda grieta situada en la base del farallón.

El color del monstruo era casi igual al del terreno. Un mimetismo muy conveniente para defenderse de los ataques de sus enemigos.

El grito se repitió. Kopper no podía ver a la mujer desde el lugar en que se hallaba.

Sacó la pistola solar v apuntó al monstruo. Presionó el gatillo.

Un raro chirrido brotó de la cabeza del gigantesco gusano, cuyos tentáculos se movieron aceleradamente. Kopper vio que el monstruo

abandonaba la grieta y reptaba hacia él.

Se quedó atónito. ¿Era posible que aquel ser resistiera impunemente una descarga solar, capaz de fundir en el acto un bloque de acero de un metro cúbico?

La redonda cabeza del gusano le miró a través de dos ojos circulares, divididos en multitud de facetas exagonales. Kopper calculó su velocidad de avance en la de un hombre al paso.

Repitió el disparo, tirando directamente a la cabeza del gusano.

Los tentáculos se agitaron chirriantemente, pero eso fue todo.

El monstruo continuaba indemne su avance. Kopper disparó dos veces más, sin conseguir mejores resultados.

—Con esa pistola no logrará nada —dijo la mujer, asomándose a la grieta.

Kopper no la miró siquiera. Toda su atención estaba centrada en el monstruo que se arrastraba inexorablemente hacia él.

—Dígame entonces qué debo hacer. Tengo más armas en la nave —contestó a gritos.

—Nada, no hay nada que hacer —dijo ella—. Esos seres son indestructibles. Pero además estamos en desventaja con respecto a él.

—¿De veras? Por lo que yo sé, no corre mucho.

—Acaba de despertarse de su letargo digestivo. Está entrando en reacción. Cuando recobre sus facultades por completo, le parecerá que vuela.

Kopper respingó.

Si aquel bicho corría más que él y su pistola resultaba inservible, el panorama se presentaba de una forma más bien poco atractiva.

Elevó la vista al farallón. Había sitios por los que se podía trepar y...

De repente, en la cima, divisó una gigantesca roca en precario equilibrio. Era tan grande o más que la nave, pero, a pesar de la escasez de su base sustentadora, un hombre solo no podría lanzarla al abismo.

—Apártese —ordenó a la mujer—. Huya a su derecha.

Ella abandonó la grieta y echó a correr. Kopper se dio cuenta vagamente de una cabellera flameante de color rubio y de un cuerpo esbelto sumariamente ataviado.

El monstruo continuaba su camino hacia él. Kopper creyó advertir una mayor ligereza de movimientos.

Retrocedió, pero, al mismo tiempo, describió un gran semicírculo que le llevó momentos después a la base del farallón. El gusano siguió puntualmente sus movimientos.

Entonces, Kopper levantó la pistola, dispuesta ya en tiro continuo, y apuntó a la base de la roca.

El monstruo avanzó una docena de metros, a la velocidad de un hombre

a paso gimnástico. Su recuperación funcional se advertía a simple vista.

La base de la roca se fundió. Se oyó un terrible crujido.

En el último instante, Kopper dio un enorme salto y se alejó a la carrera. La masa del monstruo le impulsó hacia adelante, impidiéndole corregir su trayectoria a tiempo.

Un centenar de toneladas de roca se abatieron desde setenta metros de altura. La piedra cayó sobre el monstruo, aplastándole la cabeza con horrible chasquido.

Kopper enfundó la pistola.

Avanzó al encuentro de la mujer, la cual, a su vez, corría hacia él. Instantes después, se detenía, petrificado por el asombro.

—¡Usted! —exclamó.

Ella le miró, no menos asombrada.

—¿Cómo? ¿Me conoce? —preguntó.

Kopper desenfundó de nuevo su pistola.

—Lo siento —dijo—. Gaya, no sé qué hace aquí, pero tampoco importa demasiado. Debo cumplir la orden que me han dado. Por tanto, voy a matarla.

CAPÍTULO VI

Gaya se quedó inmóvil, contemplando la pistola que apuntaba directamente a su cuerpo. Su esbelto pecho subía y bajaba al ritmo de una respiración ligeramente alterada.

Era muy bella. Lástima que tuviese que morir, pensó Kopper.

Pero algo se sublevó repentinamente en su interior. ¿No tenía aún ciento tres días de tiempo?

Bajó el arma y la volvió a la funda por segunda vez.

—¿No dispara contra mí? —preguntó ella.

—Por ahora, no —replicó Kopper.

—Creí que había venido a salvarme.

—Así lo pensé en un principio. Sin embargo, nunca sospeché que pudiera encontrarme con usted en este planeta. ¿Cuál es su apuro, Gaya?

—Ninguno —ella movió la cabeza hacia el gusano muerto—. Ese era mi único apuro y usted lo ha eliminado.

—Entonces, esa emisora de radio...

Gaya sonrió.

—Mientras funcione, sabrán que estoy bien —contestó.

Kopper emitió un resoplido.

—¿Cómo? ¿Emplea una llamada de socorro para señalar su buen estado de salud?

—Así es. Si deja de funcionar, es que estoy en un apuro y vendrán a socorrerme. Pero yo no coloqué allí la emisora, sino aquel pobre desdichado a quien nadie socorrió.

—¿Y no pudo sobrevivir?

—Debió de morir, devorado por uno de esos horribles gusanos. Bueno, devorado... digerido tal vez. Sus huesos son todo lo que queda de él.

—Entonces, usted se aprovechó de la emisora para concertar una clave de llamada y socorro.

—Justamente —confirmó Gaya.

—¡Pero yo he cerrado la emisión!

Gaya frunció el ceño.

—¿Ha desconectado el transmisor? —preguntó.

—¡Claro! Me encontré con un esqueleto y supuse que ya no habría nadie que necesitase socorro. Y, ¿cómo podía saber yo que la detención de las emisiones significaba, precisamente, todo lo contrario?

Gaya movió la cabeza, a la vez que sonreía maliciosamente.

—Un error disculpable, pero perdonable —manifestó—. De todas formas, gracias por no haberme matado.

—Oh, no esté tan segura de que no acabe haciéndolo. Si no la mato a

usted, yo moriré.

—¿Cómo es eso? ¿Quiere explicármelo? Pero todavía no me ha dicho cuál es su nombre.

Kopper estuvo a punto de dar el suyo verdadero, pero se contuvo a tiempo.

—Bett, Alvan Bett.

—¿Quién le dio la orden de matarme, Alvan?

—Una... «amiga» suya. Sbinia, del Exthar V.

Gaya arqueó las cejas.

—Bien, no podía esperar menos de esa mujer —manifestó—. ¿Y dice que si no me mata, usted morirá?

—Así es. Al menos, eso es lo que me dijo Sbinia.

—¿Y se lo creyó, Alvan?

—No tengo motivos para dudar de su palabra. Sobre todo, si pensamos en la forma en que debo morir, si no la mato a usted.

—¿Cómo morirá, por favor?

Kopper se señaló la espalda con la mano izquierda.

—Una bomba —dijo—. Está dentro de mi cuerpo y tiene la espoleta graduada para hacer explosión dentro de ciento tres días.

Explicó a Gaya los detalles del artefacto. Ella movió la cabeza con gesto pesaroso.

—Supongo que cumplirá la orden —dijo.

Kopper sonrió.

—Tenemos tiempo de sobra —contestó—. Mire, Gaya, yo estoy aquí forzado por las circunstancias. Sbinia me ha contado una serie de cosas acerca de usted y de las pretensiones de Förr XI. Parecía verídica... pero no he oído todavía su versión, Gaya.

Ella le dirigió una penetrante mirada.

—¿Quiere conocerla, Alvan? —preguntó.

—Pues claro que sí. Hable, por favor.

—Bien. En ese caso, le diré que... Sbinia tiene razón. Ahora ya lo sabe, Alvan, de modo que puede matarme cuando quiera.

* * *

Hubo un intervalo de silencio. Al cabo, Kopper meneó la cabeza y dijo:

—No es una respuesta demasiado convincente, Gaya. Necesito aclaraciones suplementarias.

—¿Qué clase de aclaraciones? —preguntó ella.

—Por ejemplo, esto no es Förr XI. ¿Qué hace usted aquí, y sola, al parecer?

—En efecto —admitió Gaya—. Estoy sola. Pero ahora, si quiere saber

lo que hago, deberá acompañarme.

—Con mucho gusto.

Gaya giró sobre sus talones y empezó a caminar hacia el farallón. Kopper observó que tenía la piel muy tostada, como de tomar el sol con frecuencia.

—Una cosa, Gaya —dijo él—. Tengo entendido que es usted un científico de primera magnitud.

—¡Psé! No lo hago mal del todo.

—En ese caso... Mire, yo soy neutral. No tengo nada que ver con sus problemas. Si me quita la bomba, dejaré que usted y Sbinia se las arreglen como puedan. No me gustaría tener que matar a una chica tan bonita —añadió.

Gaya soltó una alegre carcajada.

—Sentimental, ¿eh?

—No lo niego —sonrió Kopper—. ¿Qué me dice de la bomba?

—A juzgar por lo que me ha contado usted, resulta imposible quitarla. Además, soy químico, no cirujano.

—Ya —suspiró el hombre—. Bueno, veré a ver qué puedo hacer en su obsequio.

—Traicionando así a Sbinia, ¿no?

—Yo no traiciono a nadie —se defendió Kopper—. Lo que hago no es precisamente por mi voluntad.

—Comprendo —dijo Gaya—. Estoy viendo que se reserva el derecho de juzgar.

—Exactamente.

Llegaron al farallón. Gaya se desvió a la izquierda y se adentró luego por lo que parecía un hondo callejón rocoso, deteniéndose a su final.

Kopper divisó una especie de columna de cemento, situada a un lado y casi incrustada en la pared de roca. Una lámpara roja empezó a centellear al acercarse Gaya a la columna.

Segundos después, un lienzo entero de roca se deslizaba a un lado, dejando ver la entrada a un túnel que se veía brillantemente iluminado.

—La apertura es automática, ¿no? —dijo él.

—En efecto, pero sólo si me acerco yo —explicó la joven, mientras caminaban por el interior del túnel—. El código que activa los mecanismos de cierre y apertura está adecuado a mi fórmula molecular exclusivamente.

—Lo cual significa que ninguna otra persona puede entrar o salir de este lugar.

—Así es, a. menos, claro, que emplee armas de gran poder explosivo.

El túnel se ensanchó de pronto y Kopper quedó ante una vasta caverna, de techo abovedado, que no era sino un colosal laboratorio, atestado de instrumentos, la mayor parte de los cuales le resultaban perfectamente

desconocidos.

—Aquí es donde prepara usted el antídoto para el gas paralizante —dijo él, después de unos segundos de silencio.

—Sí —contestó Gaya.

—Y lo dice tranquilamente.

—¿Acaso tengo alguna razón para negarlo?

—¡Hum! ¿Significa eso que luego piensa eliminarme, a fin de que no me vaya de la lengua?

Ella dejó escapar una alegre carcajada.

—¿Teme que le mate? Por favor, Alvan, no me suponga tan despiadada.

—Estoy en condiciones de no fiarme de nadie —alegó él.

—Desde luego, pero no debe temer nada de mí —aseguró Gaya.

—Bien, de acuerdo... y gracias. Ahora, dígame, ¿ha conseguido algún resultado positivo?

—A medias tan sólo, Alvan.

—Explíquese, por favor.

Gaya le condujo hasta un lado del laboratorio, en el que había una larga batería llena de jaulas ocupadas por animales de experimentación. Le enseñó unos cuantos y luego dijo:

—El antídoto que he conseguido elaborar hasta ahora no anula por completo los efectos del gas paralizante. El sujeto que los experimenta queda, si no paralizado por completo, sí con las facultades considerablemente disminuidas.

»Además, los efectos del gas, y por tanto del antídoto, son distintos según la persona. Algunos puede que eliminen por completo el gas paralizante y otros pueden ser afectados por una locura transitoria... o definitiva. No, todavía no puedo hablar de triunfo, aunque bien es verdad que creo estar en el buen camino.

—En el buen camino para invadir Exthar V.

Gaya sonrió maliciosamente.

—¿Qué le ha dicho mi bella rival de los efectos del gas?

—Bueno, paraliza a las personas...

—Sí, pero no en la forma que usted cree. El calificativo paralizante es más bien derivado de la fuerza de la costumbre. En realidad, el individuo no queda extático, convertido en un ser apenas animado, sino que su cerebro resulta afectado de tal forma, que pierde toda su personalidad humana. Me refiero a la personalidad que le hace discernir entre lo voluntario y lo involuntario, entre el bien y el mal.

—Siga, se está poniendo muy interesante.

—No hay mucho más que decir. Prácticamente, se puede decir que el gas anula la voluntad de la persona.

—Y lo convierte en un esclavo del primero que llega.

—Así es.

—En tal caso, ustedes, una vez hayan elaborado el antídoto, envenenarán la atmósfera de Exthar V y luego lo invadirán.

Gaya le hizo un signo con la mano.

—Venga, pase a mi salón de descanso particular —invitó—. Hablaremos sobre ese asunto delante de una copa de buen vino.

Kopper siguió a la joven hasta una puerta próxima. Gaya la abrió y pasaron a una vasta estancia, cómodamente amueblada.

—¿Qué le gusta para beber? —preguntó ella.

—Vino rojo, si tiene.

—Lo tengo, Alvan.

Kopper se sentó en un diván.

—Por lo visto, esto es algo que planearon ustedes hace mucho a tiempo —dijo él, mientras Gaya preparaba la bebida.

—¿Se refiere al laboratorio? Oh, en realidad, hace sólo unos cuantos meses que lo montamos. Elegimos este lugar, porque nos pareció el más seguro de todos.

—¿De veras?

—Sí. El planeta está muy próximo a la Banda de Ruptura y pensamos que sería más difícil que un posible atacante viniese por ese lado.

Le entregó la copa. Kopper bebió un trago y chasqueó la lengua complacidamente.

—Pero he venido yo —dijo luego.

Gaya se tendió a medias en un diván próximo y adoptó una postura indolente.

—Ha sido una casualidad —contestó—. Además, no me importa, porque en Förr XI habrán captado la suspensión de las señales y ya estará en camino una expedición de socorro.

—Bien, continúe. ¿Qué pasó después de elegido el lugar para su laboratorio?

—La atmósfera del planeta es excepcionalmente limpia, adecuada por tanto para mis experimentos. Una vez adoptada la decisión de instalar aquí el laboratorio, se enviaron unas cuantas naves con el material adecuado. En menos de dos semanas, con la ayuda de potentes máquinas, se excavó la cueva. Luego trajeron el material de laboratorio...

—Y después vino usted

—Sí, Alvan.

—¿No le importa estar sola?

—Así me concentro mejor —contestó Gaya—. Sin embargo, le diré que, a veces, me pesa la soledad.

—Necesita compañía, en efecto.

Gaya le miró a través de sus espesas pestañas.

—Un poco de compañía, en efecto, no viene mal de cuando en cuando —admitió.

Kopper terminó el contenido de su copa de vino y la dejó a un lado.

—Sigamos con las explicaciones, Gaya —pidió—. Usted ha admitido que piensan invadir Exthar V.

—No lo niego. Pero si lo hacemos, será en legítima defensa.

—Ellos no piensan atacarles, que yo sepa.

—¿De veras? —Gaya sonrió maliciosamente—. Alvan, ¿se le ha ocurrido preguntarle cómo sabe Sbinia tantas cosas de Förr XI?

—Información, claro está.

—Pero nosotros también tenemos nuestro servicio de información, Alvan.

—Me lo imagino.

—Y el plan de invasión se debe, repito, a situarnos en estado de legítima defensa. Simplemente, queremos sobrevivir.

—A ver, explíquese usted, Gaya —pidió Kopper—. ¿Ha dicho sobrevivir?

—Sí, es la palabra exacta, porque Exthar V pretende, nada menos, que la exterminación de todos los habitantes de Förr XI.

Kopper pegó un salto en su asiento.

—Eso es muy fuerte, Gaya —dijo.

—Pero cierto. Sbinia, y su gobierno, han planeado enviar a una persona, contaminada de una enfermedad mortal, de rápida evolución, cuya curación es imposible hasta el momento. Esa enfermedad, naturalmente, será producida por un virus, cuya propagación es velocísima. Apenas se desarrolle en el sujeto que porta los virus contagiosos, empezarán a producirse los primeros casos a su alrededor. En pocos días, Alvan, pueden morir todos los habitantes de una extensa comarca. En menos de un mes, Förr XI se habrá convertido en un cementerio.

—Y luego, a desinfectar el planeta, ¿no? —dijo Kopper con cierto sarcasmo.

—El virus se desarrolla solamente en seres vivientes con inteligencia. Por tanto, respeta a los demás animales. Pero una vez muerto el último hombre, el virus, en menos de una semana, muere también, sin posibilidad alguna de propagación.

—Vaya —rezongó el hombre—. Eso no me lo había dicho Sbinia.

—Naturalmente, no podía decírselo, Alvan.

—Pero el portador de la enfermedad... ¿irá voluntario? Porque él ha de morir y hace falta tener el espíritu muy templado para sacrificarse voluntariamente por los demás.

—Oh, no hace falta que sea voluntario. Se le engaña y ya está, Alvan.

Kopper se puso pálido.

—Gaya, usted está tratando de decirme que... que...

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Sí, Alvan. Usted no lleva sólo una bomba en su cuerpo, creo, sino también un aparato que se abrirá automáticamente y soltará en su organismo los virus de esa enfermedad mortal, apenas se encuentre en Förr XI. Si consigue matarme a mí, estupendo; si no, Sbinia sabe que yo moriría de todos modos..., aunque, por fortuna hemos conseguido evitar que sepa que yo estoy aquí.

CAPÍTULO VII

Kopper tuvo que beber otra copa de vino para reaccionar.

Un poco después, se sintió algo mejor.

Las palabras de Gaya le habían tranquilizado en parte. El recipiente con el virus mortal no se abriría hasta que no llegase a Förr XI.

—Pero, como digo, no puedo garantizarle que no lleve también la bomba —añadió Gaya—. Para hacerla estallar, como una especie de castigo, si se niega a cumplir la orden, o bien para silenciarle a usted.

Kopper reflexionó de nuevo.

Sbinia decía defenderse de los ataques de Gaya. Gaya sostenía una tesis parecida, aunque a la inversa, naturalmente.

Y él, en medio, como línea de ruptura, pero también línea de unión entre ambos bandos combatientes.

¿Cuál de las dos decía la verdad?

¿Sbinia? ¿Gaya?

—No me cree, ¿verdad? —preguntó ella, sonriendo ligeramente.

—No mucho —gruñó Kopper.

—Al menos, es sincero —admitió Gaya—. Me gustaría probar lo que digo, pero no cuento con otras pruebas que mi palabra.

—Bueno, tenemos tiempo —dijo él—. Si no voy a Förr XI, no se abrirá la cápsula con el virus contagioso.

—Pero pasado el plazo, estallará la bomba, dondequiera que se encuentre usted.

—Por eso digo que hay tiempo de sobra, Gaya.

Ella le miró fijamente.

—Me parece que ha ideado alguna solución para este problema —manifestó.

—He ideado una solución, aunque para otro problema distinto.

—¿Cuál, Alvan?

Kopper se puso en pie. Avanzó hacia ella, extendió la mano y cuando Gaya le entregó la suya, tiró suavemente, haciéndola incorporarse.

—El problema de su soledad —dijo, rodeando su esbelta cintura con los brazos.

Los labios de Gaya eran húmedos, jugosos, y se entreabrieron al acercarse los de Kopper. Al mismo tiempo, sus brazos se ciñeron al cuello del hombre como cálidas serpientes llenas de vida.

*   *   *

Kopper se puso en pie sin hacer ruido. Gaya dormía profundamente, la rubia cabellera extendida como un abanico de oro sobre el diván.

Hacía rato que estaba despierto. Sí, había dado con la solución para conocer la verdad. Era curioso, la propia Sbinia, al facilitarle la órbita hacia la Banda de Ruptura había sido la autora de la idea, si bien él no la había concebido hasta pocos momentos antes.

Abrió la puerta. Entonces se dio cuenta de que el laboratorio estaba cerrado.

Imposible salir mientras Gaya no lo permitiese. La puerta sólo se abría mediante el influjo de su proximidad, accionada por la fórmula molecular de su organismo. ¿Cómo solucionar aquel problema?

No tardó en hallar la solución. Con exquisito cuidado, tomó en brazos a la joven y caminó hacia la salida.

Gaya habló entre sueños y sonrió sin abrir los ojos. Kopper caminó con infinita lentitud, procurando no despertarla. Aunque si despertaba, sería igual, se dijo.

Llegaron a la entrada. La puerta se abrió automáticamente.

Entonces, Gaya abrió los ojos.

—¿Adonde vas? —exclamó.

Kopper la dejó caer al suelo sin ninguna consideración.

—De viaje —contestó, a la vez que cruzaba la puerta de un salto.

Gaya lanzó una exclamación de rabia. Kopper se volvió y disparó una descarga solar contra la columna que contenía el mecanismo de apertura y cierre.

La puerta se cerró inmediatamente. Kopper lanzó una alegre carcajada.

—Tienes agua y comida de sobra y, por otra parte, los tuyos van a venir a socorrerte muy pronto —exclamó, como si ella pudiera escucharle—. ¡Hasta la vista!

Inmediatamente, se lanzó a la carrera hacia su nave. Amanecía ya y las sombras se retiraban presurosamente.

Cuando estaba a punto de alcanzar la astronave, vio que otra, de tamaño muy superior a la suya, se disponía a aterrizar.

Eran los socorros para Gaya. Kopper se volvió, viendo que la nave había sacado su tren de aterrizaje.

Eran tres grandes patas, provistas de plataformas sustentadoras en el extremo inferior. Un sistema de sustentación en el suelo, común a la mayoría de las naves.

Kopper disparó y abrasó una de las patas. La nave se ladeó en el acto y golpeó el suelo con fuerte crujido.

Rompió otra pata. La nave se tambaleó. En su interior debía de reinar una tremenda confusión.

En la cúspide de la nave, una enorme antena giraba con cierta lentitud.

Kopper dedujo que el comandante debía de haber puesto en funcionamiento los motores solares. Apuntó y deshizo la antena con un par de disparos bien dirigidos.

Por supuesto, la nave podría elevarse y viajar por el espacio, pero su velocidad y autonomía quedaban considerablemente reducidas. Con su acción evitaba, sin duda, una persecución de la que nada bueno podía salir para él.

Momentos después, Kopper se elevaba a gran velocidad. No se dirigía a Förr XI, sino hacia el Desfiladero Espacial.

* * *

La oscuridad le envolvía por completo.

Kopper navegaba a la mínima velocidad, siguiendo puntualmente las indicaciones de la programadora de rumbos, situada en acción inversa.

De este modo, podía seguir fielmente la órbita trazada a la ida, sin desviarse de ella un solo centímetro. Ansiaba llegar al punto donde se había producido la dislocación del tiempo.

Una vez allí...

Pero no pudo continuar sus reflexiones.

Una lámpara empezó a centellear vivamente en el cuadro de mando, atestado de instrumentos de todas clases. Kopper frunció el ceño.

¿Quién le llamaba por la radio?

Por un momento, pensó en guardar silencio. ¿Y si los esbirros de Gaya le daban alcance?

Orientó el localizador de naves, tomando la llamada de radio como radiofaro. La pantalla localizadora centelleó vivamente.

Abrió el receptor. Una voz femenina irrumpió ansiosamente en la cámara.

—Habla Maidy Grannell, comandante de la «Stedd». Por favor, ayúdeme. Estoy en un grave aprieto. Hace dos días que me he quedado sin provisiones y el oxígeno se me agota por momentos. Dentro de una hora, se habrá terminado. Por favor...

Kopper se quedó helado de asombro.

¿Un náufrago espacial en aquel perdido rincón del Universo?

—Habla Alvan Bett, comandante de la... —Kopper se dio cuenta pronto que su nave no tenía nombre—. Bueno, es igual, señora Grannell. Confíe en mí; ahora mismo veré de socorrerla. ¿Dice que sólo le queda oxígeno para una hora?

—Así es, comandante Bett. Por favor, dese prisa...

—Señora, voy a tratar de localizarla en seguida. Pero, un consejo, a fin de economizar oxígeno: no haga movimientos. Limítese a respirar

suavemente, y no hable a menos que yo le haga preguntas. ¿Está claro?

—Si, capitán Bett. Gracias. Venga pronto, por favor. Le espero.

—Iré lo antes posible. Hasta dentro de unos momentos, señora.

Kopper se preguntó quién diablos podría ser aquella tal Maidy Grannell. Comandante de nave, por si era poco.

¿Qué hacía metida en el seno de la Banda de Ruptura?

Orientó la nave, de acuerdo con las indicaciones del radar. El telescopio no servía para nada en aquella masa de absoluta negrura.

Poco a poco, los centelleos del radar le fueron señalando la ruta para alcanzar a Maidy. Pero las profundas tinieblas que le envolvían impedían la última etapa de la aproximación, que debía ser visual.

—Señora Grannell —llamó de pronto.

—Le oigo, capitán Bett —contestó ella.

—¿Qué aparato lleva usted, por favor?

—Una burbuja de salvamento —contestó ella.

Kopper torció el gesto.

—¿Naufragó su nave?

—Peor. Hubo un motín y me lanzaron al espacio.

—Vaya. Gente indisciplinada, al parecer.

—Sí, capitán.

—No soy capitán, señora —corrigió él.

—Ni yo soy señora, sino señorita —puntualizó. Maidy.

—Asombroso —comentó Kopper—. Ponga atención. Voy a lanzar una bengala luminosa. Si queda algo de energía en su burbuja, oriéntela hacia mí.

—Bien, señor Bett.

Kopper alargó la mano hacia un extremo del tablero de mandos y presionó una tecla.

Cinco segundos más tarde, se encendió delante de él, un poco a la derecha, una luz resplandeciente, que disipaba las tinieblas en una gran extensión.

—Veo la luz —anunció Maidy.

—Magnífico. Acérquese todo lo que pueda. En el último momento, dispararé otra bengala.

—De acuerdo.

Pasaron algunos minutos. De pronto se oyó la voz de Maidy.

—Señor Bett, me parece ver sus luces de a bordo —dijo.

—Estupendo. En ese caso, me ahorrará la bengala. Usted, por favor, siga acercándose. Mi nave es mucho mayor y me verá más fácilmente que yo a usted.

—Entendido.

Cinco minutos después, Kopper vio ante sí un gran globo transparente,

en cuyo interior había una mujer joven y atractiva. La base del globo estaba constituida por una plataforma de forma cuadrada, que contenía los sencillos mecanismos de propulsión, así como los compartimentos destinados a los víveres, el agua de emergencia y el oxígeno necesario para la respiración.

La plataforma se comunicaba con el interior, en donde había un pequeño cuadro de mandos. No había asientos ni literas; el plástico de la burbuja era lo suficientemente flexible como para acomodarse al cuerpo de la persona que ocupaba el vehículo espacial, cuando ésta sentía necesidad de descansar.

—Maidy, voy a situarme de modo que la burbuja quede junto a la esclusa de acceso. La avisaré cuando todo esté listo.

—De acuerdo, señor Bett.

Kopper manipuló delicadamente los distintos mecanismos de la nave, hasta que la burbuja quedó junto a la compuerta exterior. Entonces, desde adentro la abrió y Maidy hizo que la burbuja, comprimiéndose, cruzase el umbral exterior.

—Lista, señor Bett —anunció.

Kopper cerró la compuerta externa. Llenó de aire la esclusa y luego abrió la escotilla interior.

—Bienvenida a mi nave, señorita Grannell —saludó.

CAPÍTULO VIII

Maidy agarró un tirador interior y desgarró el plástico de la cápsula, que se desplomó en silenciosos pliegues una vez dejó de estar tenso por la presión interior. Casi cayéndose, Maidy se precipitó en el interior de la nave.

Kopper la recogió con sus fuertes brazos.

—Calma —dijo con voz persuasiva—. Ya está a salvo, no tiene motivos para temer.

Maidy le miró y esbozó una sonrisa.

—¿Cómo se da las gracias a la persona que le salva a una la vida? —dijo con acento desfalleciente.

—Olvídelo —sonrió él—. Me parece que en este momento, mejor que darme las gracias por haberle salvado la vida, preferirá dármelas por ponerle delante agua y comida.

Ella estaba débil, aunque Kopper opinó que era más por la excitación nerviosa de verse salvada a última hora, que por las privaciones realmente sufridas. Rodeó sus hombros con un brazo y la condujo a la parte posterior de la cámara, donde, en el mismo ámbito, había una especie de saloncito de descanso.

Kopper la dejó sentada en un cómodo sillón. Lo primero que hizo fue entregarle un buen vaso de agua, que Maidy bebió con avidez no disimulada. Luego, en un santiamén, le preparó algunos bocadillos ligeros y media copa de vino.

—No conviene que abuse ahora demasiado de la comida —aconsejó—. Sólo reponer fuerzas, ¿comprende?

Maidy le dirigió una sonrisa de gratitud. Mientras comía, Kopper la observó disimuladamente.

Tenía unos veinticuatro o veinticinco años y era sumamente agraciada, con una bonita silueta —lo sabía por sentado, a pesar del traje monopieza, de color plateado, con que se cubría—, pelo castaño, abundante y sedoso, y ojos grises. Lo que más agradó a Kopper fue la expresión de inteligente seriedad que se desprendía de sus facciones.

Durante un rato, Maidy se dedicó exclusivamente a restaurar las energías perdidas. El color volvía lentamente a sus mejillas, un tanto demacradas, después de los días de privaciones.

—Si quiere que le diga la verdad, jamás creí que nadie pudiera encontrarme en este sector del espacio —dijo ella al terminar—. Francamente, me consideraba ya por muerta.

—Por fortuna no ha sido así —sonrió Kopper—. ¿Se siente mejor?

—Desde luego. ¿No estaré acelerando el gasto de víveres? —preguntó

ella, alarmada.

—No se preocupe. Hay de sobra. Si quiere descansar, le prepararé una litera...

—Por favor, no podría dormir aún. Creo que todavía estoy bastante nerviosa. He pasado unos días de intolerable tensión.

—Lo comprendo —dijo Kopper—. Bien, con su permiso, voy a establecer de nuevo la órbita que seguía. Hablaremos más tarde, si no le importa.

—No faltaría más, señor Bett.

Durante unos minutos, Kopper trabajó con ahínco en el cuadro de mandos, hasta que las indicaciones de los instrumentos le señalaron que se hallaba otra vez en el buen camino. Ahora, aunque no podía conectar el piloto automático, debido a hallarse en la Banda de Ruptura, se encontraba en condiciones de poder conversar con su pasajera, sin necesidad de vigilar constantemente la marcha de la astronave.

Maidy salía en aquel momento del cuarto de baño, donde se había aseado un poco. Su cara tenía ya otro aspecto.

—¿Puedo saber adonde vamos, señor Bett? —preguntó.

—Por supuesto. Vamos a Exthar V, señorita Grannell.

—Exthar V —repitió ella pensativamente—. No he estado nunca allí.

—Si no fuera por determinadas cosas, se diría que es un bonito planeta. No vuelvo yo por gusto, créame, pero... todavía no me ha contado lo que le ocurrió a bordo de la «Stedd».

Maidy se sonrojó un tanto.

—Es bien sencillo —contestó—. El motivo no es sino el resultado de mi inexperiencia.

—¿Cómo? —se asombró él.

—Sí. Necesitaba una tripulación para mi nave. Los hombres contratados resultaron ser unos rufianes. No quiero decirle lo que estuvo a punto de pasar, porque, afortunadamente, pude agarrar una pistola y mantenerlos a raya. Simplemente, se comportaron como salvajes.

—Entiendo —dijo Kopper—. Y luego la arrojaron de la nave.

—En efecto. Yo había conseguido ganar mi cámara, pero ellos amenazaron con perforar el casco desde afuera, si no les dejaba la nave. Estaban dispuestos a hacerlo, así que tuve que claudicar.

—¿Y para qué querían ellos la nave?

Maidy se encogió de hombros.

—Piratería, supongo —respondió—. ¿Qué otra cosa podían hacer?

—Sí, desde luego. ¿Es usted comerciante?

—No. Soy graduada en Ciencia Temporal —contestó—. Quería realizar una tesis para conseguir el doctorado y para ello debía permanecer una temporada de estudios en la Banda de Ruptura, donde hay numerosos

sitios en los que se dislocan el tiempo y el espacio, fragmentándose a veces absurdamente, sin que nadie haya comprendido muy bien lo que sucede.

»Además, una poderosa empresa comercial, que sufragaba mis gastos, me había encomendado el levantamiento de un mapa del Desfiladero, con objeto de que sus naves puedan cruzarlo sin riesgos. Si se consiguiera, resultaría una ganancia de tiempo muy importante.

—Entiendo. Y la acción de esos piratas impidió que llevase a cabo sus prepósitos.

—Hasta cierto punto. Ya llevábamos unas cuantas semanas en la Banda cuando se produjo el motín. Pude salvar unos cuantos cuadernos de apuntes, pero eso es todo lo que he conseguido.

—También ha salvado la vida, que no es poco —sonrió Kopper—. Ahora bien, cuando lleguemos a Exthar V me voy a ver en un compromiso con respecto a usted.

—¿Por qué? —preguntó Maidy.

Kopper sonrió.

—Es una historia un tanto larga de contar —replicó—. Además, estoy buscando un punto desde el cual retroceder unas cuantas semanas en el tiempo. A mí me conviene, por supuesto, pero dudo mucho de que le convenga a usted, señorita Grannell.

* * *

Maidy había escuchado en silencio la relación de los hechos. Cuando Kopper hubo terminado, ella dijo:

—De modo que sólo le quedan ciento dos días.

—Así es, señorita Grannell.

—¿Cuánto piensa retroceder?

—Hace cuarenta y ocho días que me capturaron. Me convendría, al menos, un mes; quizá sean dos una cifra más adecuada.

—Tal vez —admitió Maidy reflexivamente—. ¿Qué hará entonces, señor Bett?

—Imagíneselo. En primer lugar, quiero averiguar la verdad. Creo —añadió él—, que ambas partes tienen una base mínima de razón. Ahora bien, lo que no encuentro justo es que me tomen por sujeto experimental y tenga yo que pagar los platos rotos de sus conflictos.

—Eso está muy puesto en razón. ¿Quiere que le diga una cosa, señor Bett?

—Se lo agradeceré.

—No. Soy yo la que tiene que demostrar gratitud por haber salvado la vida merced a su acción. Déjeme ayudarle, señor Bett.

—Puede correr graves riesgos —advirtió él.

—¿Peores que los que ya he corrido?

—Si los extharianos le ponen la mano encima, no lo pasará muy bien.

Maidy sonrió sibilinamente.

—No creo que llegue a suceder eso que anuncia —contestó—. ¿Puedo echar un vistazo al cuadro de mandos?

—No faltaría más.

Ella se acercó al puesto del piloto y contempló durante unos minutos el panel de instrumentos.

—¿Grabó la ruta de ida? —preguntó al cabo.

—Desde luego —contestó él.

—Ha dicho antes que consiguió un adelanto temporal de seis horas y algunos minutos.

—Así es, señorita.

Maidy se concentró unos instantes. Luego dijo:

—Vamos a buscar ese punto y efectuaremos una comprobación de curso del tiempo. Si no nos conviene, elegiremos otro mejor. ¿Le importa que me encargue del manejo de la nave?

—¿Lo conoce usted?

Maidy sonrió.

—Antes de embarcar —contestó—, seguí un curso acelerado, bajo hipnosis, de tres meses de duración. La fortuna de un piloto, hoy día, es que la mayoría de las astronaves se construyen bajo módulos de serie y hay muy poca diferencia de unas a otras.

—En eso tiene usted razón —dijo Kopper.

Ella ocupó el puesto del piloto y durante unos minutos, se concentró en el manejo de los instrumentos. Kopper la dejaba hacer, admirado de la facilidad con que se desenvolvía ante aquel complicadísimo tinglado de esferas, palanquitas, teclas, botones, pantallas y luces de señalización. Al cabo de un cuarto de hora, Maidy se volvió hacia él:

—Todo está en marcha ya —declaró—. Dentro de doce horas estaremos en el punto donde el tiempo se retrasa con mayor rapidez.

—Entendámonos. El tiempo se retrasa, ¿con referencia a qué coordenadas temporales?

—Con referencia a las actuales. He elegido el punto de retraso más rápido, pero cuando sea preciso, suponiendo que llegase ese momento, podremos buscar un punto de avance.

—Tendremos que buscarlo —dijo Kopper—. Porque será necesario, estimo, volver a nuestra época corriente. Es decir, volver a esta época.

—Desde luego. Sin embargo, ahora lo que le interesa es retroceder, ¿no?

—En efecto.

—Entonces, no se preocupe, Alvan, ¿me permite que lo llame así?,

estoy en condiciones de afirmar que cuando lleguemos al punto de retroceso temporal, caminaremos hacia atrás dos meses, por lo menos.

Kopper hizo un gesto admirativo.

—Empiezo a sospechar que he hecho un buen negocio al rescatarla a usted —dijo.

—Es posible —admitió ella, ruborizándose ligeramente—. Los restos de mi burbuja siguen aún en la esclusa, creo.

—Sí, eso es.

—Tengo en ella mis apuntes. Los consultaré un rato; seguramente tendré que hacer alguna ligera rectificación en la maniobra, pero será cosa de poca monta.

* * *

La nave descendió lentamente, hasta ponerse sobre el suelo del planeta. Kopper estaba admirado.

Los instrumentos de medición del tiempo señalaban las fechas con toda precisión. Mientras el calendario corriente indicaba el transcurso normal, el otro señalaba un retroceso de cincuenta y siete días.

—Ahora me estoy preguntando una cosa —dijo Kopper.

—Sí. ¿Cuál es? —preguntó Maidy.

—Hemos vuelto cincuenta y siete días atrás, con respecto... ¿a qué fecha, Maidy?

—Le faltaban ciento tres días en el momento de mi rescate. Han transcurrido cuatro desde entonces. Si estuviera en tiempo normal, le quedarían noventa y nueve.

—La cuenta es exacta.

—Por tanto, como el total, a partir del día de su captura, son ciento cincuenta días y ha retrocedido cincuenta y siete, desde el día centésimo tercero, es obvio que está a cuatro días por delante del de su captura.

—O sea, que tengo cuatro días de tiempo para actuar.

—Exactamente.

Kopper contempló el panorama que tenía ante sí.

—Hemos aterrizado en el mismo punto donde llegué con mis compañeros de la «Massilia».

—Me pareció que sería lo más conveniente —contestó Maidy—. No obstante, si quiere rectificar...

—No. Ya está bien. ¿Se queda usted a bordo?

Maidy sonrió.

—A menos que me lo prohíba usted, nada me gustaría más que acompañarle —dijo.

—No hay inconveniente —accedió él—. Supongo que esto representará

para usted una valiosa experiencia.

—Figúrese. Además, he ido tomando nota de puntos que las naves que vayan a atravesar la Banda de Ruptura deberán evitar en sus órbitas. Resultará un mapa muy interesante, créame.

—No lo dudo en absoluto. ¿Vamos?

Kopper fue a ponerse el cinturón con la pistola solar, pero ella hizo un gesto negativo.

—¿No me hará falta? ¿Por qué? —preguntó él, extrañado.

—Salga fuera de la nave —sonrió Maidy—. En seguida lo verá.

Momentos después, ponían pie en el suelo de Exthar V. Entonces vieron a una partida de hombres armados que caminaban marcando el paso hacia donde ellos se encontraban.

CAPÍTULO IX

Kopper se asustó en el primer momento. Maidy le tranquilizó, diciendo:

—No tema, Alvan.

Los soldados pasaron junto a ellos con expresión impasible y se dirigieron rectamente hacia la nave. Kopper lanzó una exclamación de alarma:

—¡Nos la van a quitar, Maidy!

—Espere —rogó ella.

Los extharianos continuaron su marcha. Atónito, Kopper vio que cruzaban a través de la nave y salían por el otro lado, sin haber perdido la formación un solo instante.

—¿Có... cómo es eso? —preguntó Kopper con voz desfallecida.

—Muy sencillo. A usted le faltan cuatro días para ser capturado, ¿no?

—Eso... eso creo.

—Bien, pero ellos están ya a cincuenta y un días desde el momento de su captura. Para los extharianos el tiempo ha transcurrido normalmente, Alvan, no lo olvide usted.

—Sí, pero...

—Ni la nave ni nosotros existimos en su plano temporal, aunque sí existimos en nuestro propio tiempo. Por tanto, ellos no pueden ver lo que no existe.

Kopper estaba aturdido.

—¿No se le había ocurrido calcular una cosa semejante? —preguntó Maidy, sonriendo.

—No. ¿Quién diablos iba a pensar que...? Vaya —dijo él riendo—, de modo que ahora soy el Hombre Invisible.

—Para otros, pero no para mí. Yo le estoy viendo a usted perfectamente.

—Claro, claro. Eso facilitará nuestra labor, ¿no es verdad?

—Así lo espero —contestó Maidy sencillamente—. ¿Vamos?

—Aguarde. La ciudad está un poco lejos y creo que dentro de la nave hay un pequeño vehículo auxiliar que nos ahorrará fatiga.

Momentos después, Kopper y Maidy volaban hacia la capital a bordo de una alfombra volante la que, situada en un plano temporal distinto, era asimismo invisible para otros ojos que no fueran los suyos propios.

* * *

El hombre, de mediana edad y pelo plateado, vestido con un manto de

piel de color gris oscuro, entró en el despacho e hizo una profunda inclinación de cabeza.

—Me has llamado, Sbinia —dijo.

—Sí —contestó la mujer—. Quiero informes acerca de los trabajos del doctor Aghrane. Los necesito con urgencia, porque los servicios de detección han anunciado la aproximación de una nave que llega a Exthar sin los debidos requisitos.

—El doctor Aghrane tiene todo listo, Sbinia —contestó el hombre.

—¿Puedo verle, Svidax?

—Por supuesto. Es más, creo, incluso, que sería conveniente que hablases con él.

—De acuerdo.

Sbinia se puso en pie. Kopper y Maidy cruzaron una mirada entre sí.

—Svidax debe de ser su primer ministro —opinó él.

Maidy hizo un signo de asentimiento.

—Sigámosles —sugirió.

Estaban en el antepecho de la ventana del despacho de Sbinia, junto al cual habían dejado la alfombra voladora. Minutos más tarde, seguían a un vehículo análogo, en el que se desplazaban los dos extharianos.

Kopper empezaba ahora a comprender muchas cosas que le habían resultado ininteligibles hasta entonces. Minutos más tarde, vieron que Sbinia y su acompañante se apeaban ante un edificio que en nada se parecía a los que abundaban en la ciudad.

—Esta casa no es de la Edad de Piedra, precisamente —comentó él.

Entraron en el edificio, siguiendo a la pareja de extharianos. Momentos después, estaban en un amplio laboratorio, montado con todos los adelantos.

Un hombre de unos cincuenta años se adelantó al encuentro de sus visitantes.

—Bienvenida, Sbinia —saludó.

—¿Cómo se encuentra, doctor? —contestó ella.

—Estupendamente, gracias. ¿Quiere ver el resultado de mis trabajos?

—A eso he venido, doctor Aghrane.

El científico dio media vuelta y precedió a sus visitantes hasta una mesa aislada, sobre la que, encima de un paño de color oscuro, aterciopelado, se divisaban dos cápsulas brillantes, de metal, de medio centímetro de grosor por dos de largo, separadas por un intervalo de quince milímetros, aunque unidas por un cable finísimo, de un espesor no superior al de un cabello.

—La primera cápsula —dijo Aghrane—, contiene el virus. La segunda es la bomba.

«Gaya no me había mentido», pensó Kopper.

—Siga, doctor —pidió Sbinia.

—Nuestro hombre llegará a Förr XI. La nave tiene instalado un dispositivo de radio secreto, que emitirá una señal convenida. Apenas se reciba, se enviará otra desde aquí y la cápsula que contiene el virus se hará soluble en su carne.

—¿Lo notará él?

—No, en absoluto, sino hasta las veinticuatro horas, en que sentirá fiebre, vértigos y náuseas. Entonces ya será demasiado tarde, incluso para los que hayan estado próximos a él.

—¿Cuánto tardará Förr XI en quedar deshabitado?

—Un mes, cinco semanas como máximo. El virus perderá eficacia tres meses más tarde.

—Pero la señal de disolución de la cápsula podría no enviarse —dijo Sbinia.

—Por supuesto. Eso, sin embargo, no depende ya de mí. Yo soy solamente un científico; no un político —contestó el primer ministro Aghrane.

Sbinia se volvió hacia su primer ministro.

—¿Svidax? —consultó.

—Todo depende de los informes que recibamos —respondió el aludido —. Si Gaya persiste en sus propósitos, no habrá otro remedio que tomar la delantera.

—Muy bien. Svidax, te ocuparás de capturar al prisionero. Doctor Aghrane, ¿quién colocará las cápsulas en el cuerpo del prisionero?

—El doctor Znozz. Es el mejor cirujano que tenemos.

—¿Qué pasará con la cápsula explosiva?

—Es un mero elemento de precaución coactiva —respondió Aghrane —. Por supuesto, puede hacerse estallar en el momento que se desee, aunque también se conseguirá graduando la espoleta para un tiempo determinado.

—Esto significa que la apertura de la cápsula con el virus podría fallar.

—Sí, justamente. Pero la explosión de la segunda cápsula rompería la primera y el contagio se iniciaría, como digo, inmediatamente.

—Muy bien. Doctor, póngase en contacto con su colega Znozz y tengan todo preparado para el momento que se les avise.

—Bien, Sbinia.

La exthariana se volvió hacia su primer ministro.

—Aquí no tenemos nada que hacer ya. Volvamos, Svidax —dijo.

* * *

Kopper ardía de indignación.

—¡Qué canallada! —exclamó, cuando Sbinia y su acompañante

hubieron abandonado el laboratorio—. ¡Cómo me engañó!

Maidy estaba asimismo muy impresionada.

—Tenemos que hacer algo, Alvan —dijo.

—No me llame Alvan —contestó él malhumoradamente—. Ahora ya no tengo por qué ocultar mi verdadero nombre. Me llamo Myrin Kopper. Alvan Bett es el nombre que Sbinia me obligó a adoptar.

Maidy se sorprendió un instante, pero se rehízo en seguida.

—Como quiera, Myrin —dijo—. Bien, ¿qué hacemos ahora?

Kopper reflexionó, mientras contemplaba las dos cápsulas.

—Ahora están ahí, lo que significa que yo no las tengo dentro de mi cuerpo —dijo.

—Sí, así es.

—Pero, ¿tengo que pasar por todos los episodios de mi captura?

—En efecto, a menos que quiera continuar viviendo en un tiempo que no es el suyo. Le acarrearía muchos inconvenientes, a la larga.

—Sí, ya me imagino —convino él preocupadamente—. Tendré que pasar de nuevo el mal rato de mi captura y... Se me está ocurriendo una idea, Maidy.

—¿Sí, Myrin?

—Voy a construir dos cápsulas iguales. Naturalmente, no contendrán nada, pero Sbinia estará engañada y actuará de la misma manera.

—En ese caso, Exthar V quedará inerme frente a Förr XI.

—Es que luego me ocuparé de Förr XI —manifestó Kopper—. Tenemos tiempo de sobra, ¿comprende?

—Voy a darle un consejo, Myrin —dijo ella.

—Aceptado de antemano —sonrió Kopper.

—Una vez haya hecho la sustitución, «sáltese» el momento de su captura y el período subsiguiente. De otro modo, correría un riesgo gravísimo.

—¿Cuál es ese riesgo, Maidy?

—Sencillamente, el de morir en el ataque de los extharianos y que otro ocupase su lugar.

—¡Ah, diablos! —masculló él—. Tiene usted razón, Maidy.

Kopper reflexionó unos momentos.

Luego dijo:

—Ahora, y puesto que tengo algo más de tres días de tiempo, me ocuparé de construir dos cápsulas análogas, pero inofensivas. Luego retrocederemos hasta volver al punto de alteración temporal.

—Y recorriendo la órbita en sentido inverso, estaremos de nuevo en el tiempo normal, poco después de habernos encontrado.

—Sí, justamente. Maidy, ¿qué haremos a continuación?

—Como ha dicho el doctor Aghrane, yo soy científico, no político —

sonrió la joven—. La decisión de los siguientes acontecimientos le corresponde a usted.

Kopper movió la cabeza afirmativamente.

—Sí, la decisión me corresponde... y ya sé cuál es la que voy a tomar —contestó.

Ella le contempló en actitud expectante.

—Sustituyendo las cápsulas, haremos fracasar el plan de Sbinia —siguió Kopper—. Pero si no hiciéramos nada más, Exthar V quedaría a merced de Gaya.

—Por supuesto —dijo Maidy.

—Bien, en este caso, una vez que hayamos terminado aquí, volveremos al laboratorio de Gaya, para realizar una labor análoga.

—Comprendo. Destruir el laboratorio, ¿no es eso?

—Sí, pero lo haré *ab ovo.*

Maidy puso cara de extrañeza.

—¿Cómo? —inquirió.

Kopper sonrió.

—Es una frase de un idioma antiguo y apenas ya usado —contestó—. Significa que destruiré el laboratorio de Gaya antes de que lo hayan construido.

CAPÍTULO X

Las cápsulas habían sido sustituidas ya.

Kopper era un individuo mañoso. La tarea le había costado casi dos días y para ello había debido buscar materiales en la ciudad.

Afortunadamente, dada su situación —que Maidy, con gran acierto, denominaba extratemporal— podía moverse con entera libertad sin ser visto ni advertido por nadie y encontró todo cuanto necesitaba con gran facilidad.

Asimismo, su situación, fuera del tiempo en que se movían los extharianos, permitió a la pareja obtener alimentos sin necesidad de regresar a la nave. Kopper trabajó en el propio laboratorio de Aghrane y una vez hubo terminado la tarea, comparó los resultados.

—Perfecto —dijo—. No creo que distinga la diferencia.

—Sobre todo, si se tiene en cuenta que no sospecha en absoluto la sustitución.

Kopper estaba de acuerdo con la joven.

—Ahora sólo falta saber qué haremos con las cápsulas auténticas —dijo.

—En cuanto estemos en terreno despejado, quémalas con una descarga de tu pistola solar —aconsejó Maidy.

—Sí, pero no en Exthar V —respondió él—. Alguien podría ver la explosión y, como todavía faltan veinticuatro horas para mi desembarco, podría dar la alarma. Ciertamente, no sabrían de qué se trataba, pero se realizaría una investigación y es preferible evitarlo.

—De acuerdo. ¿Volvamos a la nave? —repuso Maidy.

Emprendieron el regreso. Kopper se sentía satisfecho del plan. Estaba seguro de que iba a evitar un grave conflicto entre dos planetas, motivado, simplemente, por la ambición de dos mujeres de pensamientos contrapuestos.

Cuando estaban cerca de la nave, vieron otra, de mayor tamaño, en las inmediaciones.

Maidy se quedó atónita un momento. Luego exclamó:

—¡Myrin, es la «Stedd»!

Kopper se asombró también.

—¿Tu nave? —preguntó.

—Sí, exactamente.

—Pero, ¿qué diablos hacen aquí esos amotinados?

Maidy se sentía completamente desconcertada.

—No tengo la menor idea —contestó.

Kopper detuvo la alfombra voladora al pie de su aparato y los dos

saltaron al suelo.

—Se me ocurre una idea —dijo.

—Habla —rogó la muchacha.

—Es evidente que esa nave está en otro plano temporal distinto al nuestro. ¿Por qué no vamos a visitarla?

—De acuerdo —aceptó Maidy sin más rodeos.

La distancia entre ambas naves era de doscientos metros escasamente. Apenas habían cubierto la mitad del camino, vieron acercarse a un pelotón de individuos que caminaban llevando unos objetos muy brillantes y pesados.

—Ahora lo entiendo —dijo él—. Han venido a robar diamante exthariano.

Eran unos ocho hombres en total, divididos en dos grupos de a cuatro. Cada grupo era portador de una lámina de unos diez centímetros de grueso, por algo más de un metro de lado. La lámina poseía una pureza y transparencia increíbles.

—Los reconozco —dijo Maidy—. Allí están Rophel, el capitán; Vanius, mi ayudante... que es quien les habrá guiado hasta aquí; Sterra, el segundo de a bordo...

—Una colección de forajidos, vamos.

—Es la palabra que les cuadra —convino ella.

Los amotinados les divisaron también, sorprendiéndose un instante, pero rehaciéndose casi en el acto.

—Nos han visto —dijo Maidy.

—No tiene importancia. Su tiempo es distinto del nuestro. Esperemos a que entren en la nave y podremos conocer sus intenciones.

Estaban situados a pocos pasos de la puerta. El primer grupo se acercó a ellos sin modificar su paso.

Kopper se mantuvo en su puesto. Sabía que no podían tocarse, puesto que los planos temporales eran distintos.

Rophel y Vanius iban en cabeza, sosteniendo sendas esquinas de la lámina de diamante. Se miraron entre sí un momento y luego continuaron la marcha.

De repente, Kopper sufrió un fuerte choque.

Vanius, el ayudante de Maidy, vaciló.

—¡Sigue, estúpido! —le apostrofó Rophel.

Vanius era un hombre de unos treinta y tantos años, delgado y de cara ratonil. Ahora, su rostro estaba ceniciento.

Kopper comprendió la situación en un instante.

—¡Maidy, ellos y nosotros estamos en el mismo tiempo! —gritó.

La joven se aterró.

Kopper fue el primero en reaccionar. Disparó el puño y asestó a Vanius

un fuerte puñetazo en la mandíbula.

Vanius soltó su esquina y la lámina de diamante cayó al suelo, quebrándose en infinidad de fragmentos centelleantes. Rophel lanzó un aullido de rabia.

—¡Maidy, escape! —gritó Kopper, mientras se lanzaba contra el jefe de los amotinados.

Cambiaron un par de golpes. Rophel cayó, pero los otros dos se echaron encima del joven, apresándole antes de que tuviera tiempo de emplear su pistola solar.

Rophel le pateó a conciencia, haciéndole gritar de dolor. De pronto, la punta de la bota del capitán entró en contacto con la sien de Kopper, quien quedó sin conocimiento instantáneamente.

Maidy corría hacia la nave. Rophel lanzó una exclamación de rabia:

—¡Síganla! ¡Es preciso alcanzarla antes de que haga despegar su nave!

Dos de los amotinados se lanzaron en persecución de la muchacha. Llegaron tarde, sin embargo. En el momento en que se disponían a darle alcance, la escotilla se cerró de golpe.

Instantes después, el aparato se levantaba del suelo, perdiéndose en las alturas pocos segundos más tarde.

Rophel maldijo hasta que le faltó el aliento. Luego, contemplando al caído, dijo:

—Tenemos un medio de hacer volver a la chica. Este hombre iba con ella, no sé cómo; pero, evidentemente, es amigo suyo. Bien, si quiere salvarle la vida, tendrá que dar la cara nuevamente.

Rophel era un hombre de grandes fuerzas. Se inclinó sobre el inconsciente Kopper y, cargándoselo al hombro, penetró en la nave, seguido de sus compinches.

* * *

Kopper recobró el conocimiento, sintiendo fuertes dolores en todo el cuerpo. Alguien le arrojó a la cara un chorro de agua.

Tosió y estornudó unas cuantas veces. Luego, mecánicamente, se limpió los ojos con el dorso de la mano.

Lo primero que vio fue la cara de Rophel, inclinado sobre él con expresión poco amistosa.

—¿Puedes contestar a unas preguntas? —quiso saber.

—¿Qué me harán si cierro la boca? —dijo Kopper.

Había dos o tres individuos más en la cámara, entre ellos el ayudante de Maidy. Todos le contemplaban hostilmente.

Rophel blandió un puño gigantesco.

—Mira esto y dime si te sientes inclinado al silencio —dijo.

—Está bien, no es preciso ponerse así. ¿Qué quiere saber?

—Lo primero, tu nombre..

—Kopper, Myrin Kopper.

Rophel se quedó parado un instante.

—He oído ese nombre —manifestó al cabo—. ¿No pertenecías tú a la tripulación de la «Massilia»?

—En efecto, así era.

—Conozco a algunos buenos elementos de esa astronave. ¿Dónde está ahora?

Kopper reflexionó unos segundos.

En el momento de perder el conocimiento, le faltaban veinticuatro horas para el aterrizaje de la «Massilia». ¿Cuánto tiempo había permanecido inconsciente?

Se lo preguntó a Rophel. El pirata respondió:

—Casi dos horas. ¿Por qué lo preguntas?

—No tiene importancia —respondió Kopper—, ¿Qué más quiere saber?

—El paradero de la chica. ¿Adonde se ha ido?

—No lo sé. Escapó, ¿verdad?

Rophel lanzó una maldición.

—Como vuelva... —se volvió hacia Vanius—. Maldito estúpido —le insultó—. Aseguraste que nadie nos vería. ¿De dónde te sacaste semejante insensatez?

—¿Quién nos vio cuando sacábamos las láminas de diamante? —replicó el hombre de la cara ratonil—. Lo que pasa es que éstos se hallaban en nuestro mismo plano temporal, eso es todo.

Rophel trató de digerir aquellas palabras. Luego se volvió hacia su prisionero.

—¿Qué estabais haciendo en Exthar V?

—Aunque se lo diga, no lo entenderá: Una cosa es segura: no les hacíamos competencia, capitán.

—¡Hum! ¡No me fío demasiado! —dijo Rophel agriamente—. ¡Caslar! —bramó.

Un hombre se presentó casi en el acto en la cámara.

—¿Capitán?

—¿Has tomado contacto con la chica?

—No, señor. Mis llamadas han quedado sin respuesta.

Rophel volvió a maldecir.

—Sigue llamando —gruñó—. En cuanto estés en contacto con ella, dile que vuelva si no quiere que liquidemos al prisionero.

—Sí, señor.

—Y eso es lo que haremos —añadió Rophel, mirando torvamente a

Kopper—. ¿Lo has comprendido?

El joven hizo un gesto de indiferencia.

—No veo que van a conseguir con matarme —dijo.

—¿De veras no eres capaz de adivinarlo? Te lo diré, buen mozo. Sencillamente, no queremos que divulguéis la noticia de nuestro amotinamiento.

—¿Acaso van a retenernos prisioneros toda la vida?

Una burlona sonrisa distendió los labios de Rophel.

—Sólo lo justo para liquidaros a ambos —contestó—. ¡Vámonos, muchachos!

El pirata salió, acompañado de sus secuaces. La puerta de la cámara se cerró de golpe.

Kopper se puso en pie, procurando dominar los dolores que sentía. Estaba a punto de echarse a llorar.

Su plan había sido destruido por una fortuita circunstancia. En efecto, ¿quién iba a sospechar que podían encontrarse con los amotinados en la superficie de Exthar V?

Se examinó los bolsillos. Por fortuna, los piratas se habían limitado a desarmarle, sin quitarle el resto de sus objetos personales. .

Las dos cápsulas estaban allí, intactas, listas para ser empleadas en el momento y la ocasión propicios.

Lo malo era que en la «Stedd» no habría momento ni ocasión propicios, reconoció amargamente.

CAPÍTULO XI

Una vez más, contempló las dos cápsulas.

Una de ellas era explosiva. ¿Tendría la potencia suficiente para romper la puerta de su cámara?

Y suponiendo que fuera así, ¿qué haría a continuación? ¿Cómo podría luchar victoriosamente contra toda una tripulación de forajidos, armados hasta los dientes?

Todavía más. Si conseguía llegar al exterior, ¿qué haría? ¿Seguir viviendo en el exterior de Exthar V, en un plano extratemporal distinto al suyo?

El retraso era de menos de dos meses. Un día. Gaya lanzaría sus bombas de gas y sufriría los mismos efectos que cualquier exthariano. No era una perspectiva agradable.

Por otra parte, no había ni que soñar en emplear la cápsula explosiva. En primer lugar, eran tan iguales que no sabía diferenciarlas.

Luego estaba en peligro de una explosión fuerte, pero no lo suficiente para destruir el virus en su totalidad. Si la fuga no se consumaba, moriría como un apestado, panorama que tampoco le seducía en absoluto.

Miró a través de la lucerna. Todavía continuaban en Exthar V.

Rophel y sus secuaces querían atiborrar la bodega de carga de lámina de diamante exthariano. Se lo robaban a los indígenas en sus mismísimas narices.

Consultó su reloj. Un sentimiento de amargura inundó su ánimo.

El plazo se acababa. Faltaban escasamente quince minutos. ¿Qué ocurriría entonces?

La puerta de la cámara se abrió de pronto. Sterra, el segundo de a bordo, le encañonó con una pistola solar.

—Fuera —ordenó.

—¿Adonde vamos? —preguntó Kopper.

—Le llama el capitán —Sterra sonrió maliciosamente—. Tiene una buena noticia para usted.

—Muy bien.

Kopper avanzó hacia la puerta. De pronto, se acordó que las dos cápsulas estaban bajo la almohada, junto a un mamparo.

Estaba examinándolas cuando le trajeron la comida. Las había ocultado allí, pero luego no se había acordado de recogerlas.

Bien, lo haría después, se dijo.

Caminó junto a Sterra. No tardaron mucho en llegar a la cámara de mando.

El capitán Rophel estaba situado en su sillón de mando, rodeado por

algunos de sus secuaces, entre los cuales se hallaba Vanius. Frente a Rophel había una gran pantalla de televisión, apagada en aquellos momentos.

—Capitán, aquí está el prisionero —anunció Sterra.

Rophel hizo girar su sillón.

—Enciende la pantalla, Vanius —ordenó, mientras miraba burlonamente a Kopper—. ¿Cómo se encuentra, amigo?

Kopper se encogió de hombros.

—Todo, menos divertido —contestó.

—Me lo figuro. ¿Sabe que hemos conseguido contactar con Maidy Grannell? ¡Mire!

Rophel extendió la mano. La cara de la muchacha, junto con los hombros, apareció en el acto en imagen.

—Ha tardado mucho, pero al fin lo hemos conseguido —dijo, satisfecho—. ¿Quiere hablar con ella?

—Hola, Maidy —saludó el prisionero.

—Hola, Myrin —sonrió ella—. Me han dicho que quieren hacer un trato contigo.

—Así es —terció Rophel—. Sterra, dame tu pistola.

El segundo entregó el arma a Rophel, quien apuntó directamente con ella a su prisionero.

—Maidy, le damos una hora de plazo para que se entregue —anunció—. En caso contrario, mataremos a su amigo.

Kopper sintió una brusca contracción en el estómago. Indudablemente, Rophel no bromeaba.

—Puede hacerlo, capitán —dijo Maidy fríamente—. Sus amenazas no me intimidan en absoluto.

—¿Ése es el aprecio que siente por su amiguito? —preguntó el pirata.

—Ya le he dado mi respuesta, capitán. Sólo le diré una cosa: serán perseguidos por amotinamiento y piratería. Imagínese el resultado.

Rophel soltó una estentórea carcajada.

—Hay en la Galaxia suficientes escondites para, que no nos encuentren en un millar de años —contestó—. Y en las bodegas tenemos algo así como una docena de toneladas de diamante exthariano. ¿Se imagina las cosas que un hombre puede conseguir con ese magnífico botín?

—Haga lo que quiera, capitán —declaró Maidy, sin alterar su expresión—. Ya conoce mi decisión.

—¿Habla en serio, muchacha?

—Absolutamente en serio, capitán.

Kopper creía soñar. ¿Era posible que Maidy le abandonase tan tranquilamente?

Claro que podía pensar que los piratas no respetarían su vida por

segunda vez, pero, aun así... ¿no era capaz de hacer el menor esfuerzo por salvarle la vida?

La pistola, inclinada ligeramente durante la conversación, volvió a levantarse.

—Kopper, pida clemencia a la muchacha —ordenó Rophel.

El joven inspiró con fuerza.

—No —contestó.

¿De qué le iba a servir una petición que sabía no sería atendida?

—Está bien. A ella ya le echaremos el guante. Ahora... ¡Buen viaje, Kopper!

La pistola llameó y Kopper se sintió hundir en una nada ardiente, que lo envolvió instantáneamente en un manto total de oscuridad.

* * *

Luchó con los extharianos y cayó prisionero.

Estuvo inconsciente. Habló con Sbinia.

Partió hacia la Banda de Ruptura. La atravesó. Captó el S.O.S. de un planeta desconocido.

Aterrizó. Salvó a Gaya del monstruo.

Conoció su laboratorio. Oyó las explicaciones de Gaya. La besó.

Escapó. Regresó sobre sus pasos.

Rescató a Maidy. Discutieron el plan de acción.

Y se despertó.

A bordo de su propia nave y viendo sobre él la cara de Maidy que le contemplaba ansiosamente.

* * *

—Hola —dijo Maidy, sonriendo.

Kopper estaba tendido sobre uno de los sillones del puesto de mando y se levantó de un salto.

—¿Dónde estoy? —exclamó.

Maidy lanzó una alegre carcajada.

—Pregunta clásica de toda persona que recobra el conocimiento —dijo.

Kopper se pasó una mano por la frente.

—Maidy, dime que no estoy soñando —murmuró, aturdido.

—No, estás despierto y bien despierto... Aguarda un momento, por favor.

Maidy llenó una copa de vino y se la entregó.

—Toma, te está haciendo falta.

El vino pasó a través de las fauces de Kopper y llenó sus venas de un agradable calorcillo.

—Explícate, por favor —rogó, después de un par de buenos tragos.

—Es sencillo. Casi desde el primer momento, capté las llamadas de Rophel. Naturalmente, no quise contestar. Esperaba el instante adecuado para nosotros, no para ellos.

—¿Y...?

—Sospeché sus intenciones y decidí aguardar hasta el último instante. Entonces respondí a sus llamadas.

—Y dejaste que disparasen sobre mí.

—Rophel lo hizo una fracción de segundo más tarde de lo preciso. Tú habías vuelto ya a tu tiempo, es decir, a los momentos del desembarco de la «Massilia».

—Empiezo a comprender —dijo Kopper.

—Lo celebro —sonrió Maidy—. Parece un poco complicado, pero no lo es. Si hubieras continuado a bordo de esta nave, no habrías tenido necesidad de «repetir» todas tus acciones a partir del momento en que fuiste capturado. Pero la «Stedd», al retroceder en el tiempo, lo hizo con un número determinado de tripulantes, entre los cuales, naturalmente, no figurabas tú.

—Sí, claro. Por eso dejaste creer a Rophel que me había liquidado.

—Justamente, y ahora sigue creyéndolo.

—De modo que ahora nos encontramos como al principio.

—No, puesto que has vuelto al punto de regreso que yo había calculado; es decir, después de mi rescate y tras discutir nuestro plan de acción en Exthar V. Entonces, yo he acelerado el tiempo, «suprimiendo», por decir así, nuestro desembarco en Exthar V. De lo contrario, se habría repetido tu captura por Rophel, pero no una vez, sino infinidad de veces.

—Entonces, lo que has provocado ha sido una ruptura de acontecimientos.

—Exactamente. Ahora estamos como si no hubiéramos tropezado con los piratas. Sencillamente, hemos vuelto al punto deseado tras haber actuado en Exthar V.

—Sí, claro... —de súbito, Kopper se pegó una fuerte palmada en la frente—. ¡Gran Galaxia! —exclamó.

—¿Qué te sucede? —preguntó ella, alarmada.

—¡Las cápsulas! ¡Se han quedado a bordo de la «Stedd»!

—¿Cómo ha ocurrido, Myrin?

—Estaba examinándolas y oí abrir la puerta, cuando uno de los piratas me traía la cena. Para no despertar sospechas, las guardé bajo la almohada... Solamente me habían quitado la pistola, ¿comprendes?

Maidy se mordió los labios.

—En la nave sobraban cámaras —dijo—. A ti, tal vez, te encerraron en una de las sobrantes. Es probable que luego no se molesten en examinarla siquiera.

—Sí, quizá tengas razón —convino Kopper—. Pero si liberan el virus contenido en una de las cápsulas...

—Creo que de momento no harán nada, Myrin. Opino que lo mejor sería continuar adelante. Luego podríamos ponernos en contacto con el capitán Rophel y ponerle en antecedentes de lo que sucede. De todas formas, si ha de ocurrir algo, lo más probable es que haya ocurrido ya.

—Confiemos en que hayan hecho estallar la cápsula explosiva. Creo que la explosión destruiría los gérmenes.

—Posiblemente. Bien, Myrin, ¿cuál es el siguiente paso?

—El gobierno de la nave, al menos en lo que se refiere al tiempo, te corresponde a ti.

—Muy bien. ¿Cuánto he de retroceder?

Kopper procuró esforzar la memoria, recordando la conversación sostenida con Gaya.

—Ella mencionó unos cuantos meses, sin mencionar fechas —dijo al cabo—. La excavación quedó concluida en dos semanas. Después trajeron el material de laboratorio y luego vino ella.

—¿Te parece bien un retroceso de cuatro meses? —consultó Maidy.

—Sí. En todo caso, podríamos avanzar algo más o retroceder otros días o semanas.

—En suma, un viaje de exploración.

—Efectivamente —corroboró Kopper—. Tiene que ser así, puesto que desconocemos la fecha exacta de instalación del laboratorio.

—Muy bien, en ese caso, no se hable más.

Maidy situó a la nave en el punto donde los instrumentos señalaban se producía el máximo retroceso temporal. Las agujas de las distintas esferas del calendario se movieron velozmente hacia atrás.

—Se me está ocurriendo una idea —dijo él.

—Habla —indicó Maidy.

—Vamos a destruir el laboratorio, sí; pero ¿qué ocurrirá entonces? Gaya llegará y se encontrará con las ruinas. Mandará construir otro... y así estaremos constantemente. Además, si lo destruyes, puede que ella se retrase varios meses en ir allí, mientras le montan un segundo laboratorio. Entonces, nuestro encuentro no tendrá lugar.

Maidy se quedó perpleja unos instantes.

—Es verdad —dijo al cabo—. Si ella no está allí, tu aterrizaje en el planeta será inútil, porque habremos modificado su línea temporal y Gaya puede estar trabajando en otro lugar. Tenemos que cambiar el plan, Myrin.

—Ya sé —exclamó él—. Vamos a situamos en el futuro, a unos pocos

minutos tan sólo de mi escapatoria de aquel planeta.

CAPÍTULO XII

La nave se acercó suavemente a la superficie del planeta, pilotada por Kopper. Maidy, sentada a su lado, contemplaba el panorama que se extendía ante sus ojos.

La astronave de Förr XI continuaba posada en el mismo sitio, no lejos de la emisora de socorro. Había un par de hombres haraganeando a la sombra del aparato.

—Los demás —dijo Kopper— deben de estar adentro, con Gaya.

—Muy bien. Entraremos en el laboratorio y veremos qué hacen.

Los hombres de Gaya no demostraban haberles visto, lo cual indicaba la corrección de los cálculos de Maidy. Todavía se veían los destrozos causados por los disparos de la pistola solar de Kopper.

—Tengo una duda —dijo él de pronto—. Maidy, tú me aconsejaste que no repitiera mi captura. Sin embargo, tuve que hacerlo. Decías que podía morir yo en lugar de otro tripulante de la «Massilia» y no fue así.

—Un error de cálculo —contestó la joven—. Tú tienes una línea temporal trazada definitivamente y debes moverte de un modo inexorable a lo largo de ella, adelante o atrás, tanto da. Pero las líneas de tus compañeros concluyeron en el ataque de los extharianos.

—Es decir, que ellos ya no siguieron en su tiempo normal y, por lo tanto, no podían haber variado de plano temporal.

—Sí —corroboró ella—. Cada vez que reviviéramos aquella escena, su tiempo les empujaba inexorablemente hacia la muerte.

—Pero podríamos modificar su tiempo anterior. Entonces, tal vez no hubieran ido a Exthar V.

—Tenían que ir allí —afirmó Maidy—. Siempre hubiera ocurrido algo que les hubiese hecho aterrizar en Exthar V momentos antes del ataque.

—Quizá tengas razón —murmuró él, no demasiado convencido.

—Las coordenadas del tiempo y el espacio se entremezclan con la existencia del individuo indisolublemente. Se las puede modificar momentáneamente, pero luego, de manera inapelable, recobran su trayectoria y el sujeto debe seguirlas.

—Sí, así debe de ser.

Ya estaban a pocos metros de la superficie del planeta. Kopper sacó el tren de aterrizaje. Instantes después, saltaban a tierra.

Pasaron por delante de los soldados de Gaya; éstos no dieron señales de haberlos divisado.

—Creo que hemos venido como quince minutos después de tu escapatoria —dijo ella.

Siguieron adelante, soportando los embates de un sol abrasador. El

cuerpo del monstruoso gusano continuaba todavía en el mismo sitio.

Entraron en la grieta. La puerta del laboratorio estaba abierta de par en par.

—Consiguieron forzarla —dijo Kopper.

No tardaron mucho en oír voces. Las de Gaya sonaban con más fuerza. Claramente se advertía su irritación.

—Ese hombre me engañó —decía—. Era un espía de Exthar V y consiguió escapar.

—Debe de ser el mismo a quien nuestros agentes atacaron en Exthar V, sin éxito alguno —habló un hombre.

—Lo cual significa que es un sujeto sumamente listo. Y es de suponer que se haya ido inmediatamente para informar a Sbinia. ¿Saben qué ocurrirá después?

Los hombres callaron. Gaya, con visibles señales de indignación, continuó:

—Sbinia enviará una flota de naves y bombardeará este lugar. Si es así, todos mis esfuerzos habrán resultado en vano.

—Pero los trabajos no han terminado aún —alegó el mismo hombre que había hablado antes.

—No, eso es cierto. El antídoto que he conseguido elaborar no produce plenos efectos, sino hasta un tiempo demasiado largo. Pero, ¿qué podemos hacer si ellos quieren apestar nuestro planeta y hacernos morir a todos?

—¿Darás la orden de bombardear Exthar V?

—Sí —contestó Gaya con ojos llameantes—. Se convertirán en unos seres apenas animados, incapaces de resolver otra cosa que no sea cubrir sus necesidades vitales mínimas. Mientras tanto, habremos dado el primer golpe y podré trabajar tranquilamente, hasta hallar la solución definitiva.

—El espía puede haber llegado a Förr XI, en lugar de dirigirse a Exthar V —sugirió el hombre.

—¿No ha dado la orden de alerta general?

—Sí, inmediatamente, apenas me enteré de lo ocurrido. Hasta nueva orden, no se permitirá el aterrizaje de ninguna nave, ni siquiera de nuestro propio planeta. Todas las astronaves de vigilancia están patrullando, con órdenes de destruir el primer aparato que intente aterrizar sin permiso.

—Entonces, no tenemos que preocupamos más de Myrin Kopper. Y haya vuelto o no a Exthar V, es preciso iniciar el bombardeo. Dahlare, ¿cuándo cree usted que estarán listos los proyectiles?

—Una semana, antes no, de ningún modo, Gaya.

—Muy bien —una sonrisa de turbia satisfacción distendió los labios de la joven—. En ese caso, dentro de una semana, tendré el honor de disparar yo, personalmente, el primer proyectil contra Exthar V.

*   *   *

Kopper y Maidy se miraron apenas había terminado Gaya su colérico parlamento.

—Lo situación es más grave de lo que parece —dijo Maidy.

—Sí —convino él preocupadamente—. No me importaría demasiado que ellas dos murieran, de un modo u otro; están ciegas por el odio, que me parece demasiado personal. Lo que sí me importa son los miles de millones de personas inocentes que pueden perecer.

—¿No habrá un modo de evitar la catástrofe, Myrin?

Kopper reflexionó.

—Son muchos proyectiles los que serán disparados contra Exthar V. Aunque se destruyan algunos, los que exploten en la atmósfera realizarán su labor destructora. Además, Sbinia, advertida de la llegada de esos proyectiles, puede dar orden de replicar con otros medios, tal vez más destructores. Y no sé si hay más dosis del virus mortal, ¿comprendes?

—Algo tenemos que hacer, en efecto —dijo Maidy—. Pero no se me ocurre ninguna idea.

Kopper dirigió la mirada hacia el laboratorio, donde algunos individuos cargaban con bultos, siguiendo las indicaciones de Gaya. Con aire decepcionado, meneó la cabeza.

—Y pensar que esa mujer fue elegida jefe de Estado por una máquina —murmuró.

—Ése es el error de fiarlo todo a las máquinas. Han señalado a una mujer sabia, inteligente, tal vez capacitada para dirigir una nación planetaria, pero han olvidado, mejor dicho, no han sabido prever sus reacciones casi infantiles.

—Y ahora, dos mundos están a punto de pagar las consecuencias de las decisiones de sendas máquinas.

La mano de Maidy se cerró de pronto sobre el brazo de Kopper.

—Myrin —dijo—, ya tenemos la solución.

Kopper volvió la cabeza. Los ojos de Maidy brillaban de un modo singular.

—Explícate —rogó.

—Bien, si la máquina señaló a Gaya como jefe de Estado, ¿por qué no retroceder en el tiempo y modificar sus decisiones?

—Podríamos hacerlo, en efecto, pero...

—Pero ¿qué? ¿Qué inconveniente encuentras a mi plan?

—Algunos, Maidy. Primero, no sabemos a quién proponer para ocupar el puesto de Gaya.

—Habrá algún candidato de reserva, opino yo.

—Es casi seguro. Pero si hacemos que Gaya no ocupe el puesto que

desempeña ahora, se producirá una cantidad enorme de alteraciones. Aunque sólo haga un año que es jefe de Estado, ha tomado una serie incalculable de decisiones de gobierno, que desaparecerían con nuestra intervención. Tal vez entonces causáramos más daños de los que pretendemos evitar.

—Quizás estés en lo cierto —admitió ella.

—Y lo primero y principal de todo es que no sabemos donde está esa máquina maravillosa que elige jefes de Estado como quien elige soldados de infantería.

Maidy expresó claramente la decepción que sentía.

—Entonces, ¿hemos de apartarnos a un lado y permitir la destrucción de dos mundos?

Varios soldados, pesadamente cargados, pasaron por su lado sin verles. Gaya y su primer ministro les seguían a corta distancia.

—La nave puede despegar, aunque su velocidad ha quedado notablemente reducida —decía Dahlare.

—Es lo mismo. Avisaremos para que otra en perfectas condiciones venga a recogemos.

Kopper y Maidy se quedaron solos. De repente, Kopper hizo chasquear los dedos.

—Ya está, ya tengo la solución —exclamó.

—Habla, Myrin —pidió la muchacha ansiosamente.

—Es muy sencillo. Nosotros no podemos evitar que Gaya sea elegida jefe de Estado. Pero sí podemos conseguir su destitución y la elección de un individuo de dotes menos belicosas.

—¡Claro! —exclamó Maidy—. Lo mismo que esas máquinas eligen a una persona como jefe de Estado planetario, pueden ordenar su destitución por... por los motivos que sean. Pero el problema estriba ahora en buscar la máquina que eligió a Gaya.

—Iremos a Förr XI y la buscaremos —dijo él—. Ahora bien, ¿no nos verán los forrienses?

Maidy meneó la cabeza.

—No, mientras no volvamos a la Banda de Ruptura a situarnos en nuestro tiempo normal. Recuerda: estamos viviendo quince o veinte minutos adelantados.

—Es cierto —la cara de Kopper se iluminó con una amplía sonrisa—. ¿Vamos, Maidy?

En aquel instante, oyeron un ruido sordo.

—¡Maldición! ¡Se ha cerrado la puerta! —gritó Kopper.

Debían de haber reparado el mecanismo que él había averiado, pensó desalentadamente.

—No importa —sonrió Maidy—. Ven, sígueme.

La muchacha caminó resueltamente hacia la salida, sin detenerse ante la puerta cerrada. Kopper la siguió sin vacilar.

Maidy atravesó el bloque de roca con perfecta tranquilidad. Kopper comprobó por sí mismo, y por primera vez en su vida, lo fácil que era cruzar a través de un cuerpo sólido.

Sin embargo, ello, en lugar de alegrarle, le preocupó.

—¿Seré un fantasma, en lugar de una persona viva? —se preguntó.

CAPÍTULO XIII

Förr XI era un mundo harto distinto de Exthar V. Las diferencias eran palpables.

Los adelantos científicos se reflejaban en las edificaciones que componían la capital del planeta. A Kopper le recordaba en muchos aspectos las grandes ciudades del mundo del cual procedía.

En tres siglos largos, desde que se inició en la Tierra la era de la astronáutica, la civilización terrestre había influido poderosamente en la de otros planetas habitados. En Förr XI el influjo era notabilísimo.

Kopper y Maidy se detuvieron en la acera de una colosal avenida, de doscientos metros de anchura, cuyo fin no se alcanzaba con la vista, y que estaba flanqueada por altísimos edificios, ninguno de los cuales medía menos de trescientos metros de altura. Audaces avenidas suspendidas en el aire constituían unas arterias transversales, sobre las cuales se advertía un tránsito intensísimo de personas y vehículos de todas clases.

Los transeúntes cruzaban por su lado sin verles.

Había gente de todas las edades y, aunque reinaba una cierta uniformidad indumentaria, se les veía tranquilos y satisfechos en general.

—Y pensar que todo esto puede ser destruido por la ambición de dos histéricas —murmuró Kopper pesarosamente.

—Antes hablaste de enemistad personal —dijo Maidy—. ¿Tienes alguna noticia al respecto?

—No, fue un simple comentario.

—Pero puede ser que en ello estribe la verdad de lo que sucede. De todas formas, lo que importa ahora es la máquina que elige a los jefes de Estado. ¿Dónde se encuentra, Myrin?

Kopper reflexionó unos momentos.

—En esta ciudad tiene muchas características comunes con las de la Tierra —dijo a poco—. Por tanto, tendrá un edificio del gobierno.

—Sí —convino ella.

—Y en ese edificio, seguramente, habrá unos archivos donde se señalan los distintos departamentos oficiales. Porque la máquina de elegir cargos, inexorablemente, ha de pertenecer a algún departamento oficial.

—Es lógico. ¿Cómo será el edificio del gobierno? ¿Capitolio? ¿Palacio europeo?

—Ven —dijo él, tomándola de la mano.

A dos pasos de distancia, corría una acera deslizante a la que subieron. Kopper examinaba atentamente cuanto les rodeaba.

De pronto lanzó una exclamación.

—¡Ah, aquí está! ¡Ven, Maidy!

Saltaron de la acera. Junto al borde, había una rampa de acceso, con escaleras mecánicas en parte, que conducía a una de las avenidas transversales superiores. A la entrada, sostenido por dos postes, se veía un gran plano de la capital.

Kopper lo examinó durante unos momentos. Luego emitió una sonrisa de complacencia.

—Ya lo tengo, Maidy —dijo—. Creo que no nos será difícil llegar hasta la residencia de Gaya. ¿Te sientes cansada? —preguntó solícitamente.

—No, en absoluto. Vamos, Myrin; estoy deseando llegar allí —contestó la muchacha.

* * *

—Te lo advertí, Sbinia. Te había pedido una y otra vez que dejases a ese hombre. No quisiste hacerme caso, de modo que tendrás que atenerte a las consecuencias. .

—Estás loca, Gaya. Conoces de sobra mi opinión sobre el particular, de modo que no vuelvas a insistir más. Sfariad se quedará aquí, en Exthar V. ¿Te lo repito?

—No es necesario, ya te he entendido a la primera. Bien, si yo no puedo tener a Sfariad, tú no podrás disfrutar de él por mucho tiempo. ¡Adiós!

Gaya cortó la comunicación y la pantalla del fonovisor, a través de la cual hablaba con Sbinia, se apagó. Estaba muy agitada y su pecho se movía con rápidos vaivenes.

Kopper y Maidy cruzaron una mirada de inteligencia. Habían llegado al despacho de Gaya, justo a tiempo de escuchar las últimas palabras del áspero diálogo sostenido entre las dos mujeres.

—Tenías razón, Myrin —dijo la muchacha—. Es un caso de enemistad personal.

—Me pregunto quién puede ser ese tal Sfariad —dijo él—. En todo el tiempo que estuve en Exthar V no oí mencionar jamás su nombre.

—Lo cual demuestra el error de los habitantes de estos dos planetas al dejar que unas máquinas eligiesen a sus jefes de Estado. La elección no podía haber dado peor resultado si hubiese sido hecha por unos animales, en el estricto sentido de la palabra.

—Todo eso está muy bien, pero no nos aclara en absoluto el lugar donde está la máquina electora.

—Bien, puesto que el tiempo nos apremia, vamos a buscarla.

Maidy se interrumpió. Dahlare, el primer ministro, acababa de entrar en el despacho.

—Me habías llamado —dijo.

—Sí. Quiero saber cuándo estarán listos los cohetes.

—Los especialistas están terminando de armar las espoletas. Pero antes de cuatro días no se podrá hacer el primer disparo.

—¡Ojalá estuviesen ya listos! —dijo Gaya rabiosamente—. ¿Qué se sabe del espía?

—Nada. Ha desaparecido como si se lo hubiese tragado la tierra.

—Tal vez se perdió en el Desfiladero de la Nada. Nada me alegraría más, Dahlare.

—Es posible. ¿Tienes alguna otra orden que darme?

—No, eso es todo. Gracias, Dahlare.

El primer ministro se alejó, pero se volvió antes de llegar a la puerta.

—Gaya —dijo.

—¿Sí, Dahlare?

—Mañana va a procederse a la renovación de tres ministros, que han cumplido el plazo reglamentario en el gobierno. De acuerdo con la ley, tienes derecho a votar hasta dos nombres. ¿Querrás estar presente en la elección?

—No, Dahlare, delego en ti la aceptación o denegación de los ministros nombrados por la electora. Sé que lo harás bien —añadió Gaya, dulcificando un tanto el gesto.

—Muy bien. En tal caso, iré a consultar la lista de candidatos, a fin de estudiar bien a los propuestos y aceptar los más convenientes.

—Como quieras, Dahlare. Gracias por todo.

El primer ministro salió. Kopper agarró la mano de Maidy y tiró de ella.

—¡Sigámosle! —exclamó, sintiendo una gran excitación interior.

* * *

La sala era enorme, de suelo espejeante. Había una gran máquina adosada a uno de sus muros, que parecía, en realidad, un gigantesco armario de metal, con infinidad de luces que se encendían y apagaban continuamente.

Dahlare ocupaba el pupitre del consultor, situado sobre un estrado a medio metro del suelo. Dos hombres armados, rígidos como estatuas, las manos a la espalda, los pies ligeramente separados, permanecían a ambos lados del estrado, y un poco por detrás del mismo.

En el pupitre había un sector que contenía un teclado análogo al de una máquina de escribir. Había asimismo un largo y delgado panel de instrumentos, los cuales consultaba Dahlare con frecuencia.

A la derecha tenía unas cuartillas y un lápiz, que le servían para tomar notas manuales. Dahlare parecía profundamente concentrado en su tarea.

Una lámpara centelleó vivamente en el pupitre. Kopper y Maidy oyeron

un ligero chasquido y vieron asomar una tarjeta por una ranura situada a la derecha del teclado.

Dahlare estuvo más de dos horas trabajando sin cesar, sumido en su tarea por completo. Al cabo de dicho tiempo, escribió durante cosa de diez minutos y luego se puso en pie.

—Vámonos —dijo.

Los guardias le siguieron. Instantes después, la sala quedaba vacía.

Entonces, Kopper, de un salto, trepó al estrado y se sentó ante el pupitre.

—Maidy, dame una idea —pidió—. ¿Cómo hacemos la trampa?

Ella reflexionó un instante.

—Pide información sobre Gaya antes de hacer nada —contestó.

Kopper escribió rápidamente en el teclado. Luego esperó.

Delante de él, en la gran máquina, chispearon media docena de diminutas lamparitas. Luego se encendió otra algo mayor, se oyó un chasquido y surgió una tarjeta, con caracteres nítidamente impresos.

—¡Está en caracteres del idioma de Förr XI! —exclamó Maidy, decepcionada.

—No te apures. Eso tiene pronto solución —dijo él.

Y escribió:

Repítase la misma información en caracteres terrestres.

Aguardaron treinta segundos. Una segunda tarjeta surgió por la misma ranura.

Kopper leyó:

De Tjarr, Gaya, n.° 00-LN-74052. Edad: 31 años. Doctora química. Especialmente equilibrada. Estabilidad emocional de grado 01. Capacidad mental resolutiva escala 7-00.

—¿Y eso es todo? —preguntó Maidy, cuando hubo terminado la lectura del breve informe.

Kopper reflexionó unos momentos.

Luego dijo:

—Esos informes deben representar el máximo en este planeta. Por lo tanto, tenemos que hacer algo para alterarlos.

—Sí, pero cuando Dahlare venga aquí mañana, no consultará nada acerca de ella —alegó Maidy con mucho sentido común.

—Eso es verdad —concordó el joven—. Tendríamos que hacer algo para provocar esa consulta. ¿Qué harías tú, Maidy?

—No hay más que una solución —dijo la muchacha—. Escribe, Myrin.

Kopper, al dictado de Maidy, tecleó:

Opinamos informes equivocados. Estabilidad emocional violentamente alterada por causas personales, ajenas funciones gobierno. Capacidad mental resolutiva en disfunción por escasez objetividad en juicio acontecimientos, debido a síntomas indudables pérdida equilibrio psíquico. Aconsejamos nueva consulta condiciones candidata.

Antes de seguir adelante, Maidy preguntó:

—Myrin, ¿se sabe a qué hora vendrá Dahlare para realizar la consulta electiva?

—Las diez, creo.

—Bien, en ese caso, continúa escribiendo.

Kopper tecleó de nuevo:

Respuesta deberá estar preparada para diez horas mañana. Confirme visualmente el enterado.

Una lámpara violeta centelleó tres veces en el pupitre.

—Ya está —dijo Maidy, satisfecha.

—La solución es ingeniosa —manifestó Kopper—. Pero, ¿dará resultado?

—Si no es así, no veo que otra cosa podemos hacer. Pero creo que hemos engañado a la máquina, Myrin.

—¡Ojalá sea como dices! —suspiró él—. Vámonos.

Abandonaron la sala sin ser vistos. Una vez en el exterior, Kopper dijo:

—Maidy, ¿sabes que tengo hambre?

—Tendrás que esperar a que se haya hecho de noche y algún establecimiento de comidas quede desierto. Así, cuando noten que faltan alimentos, lo achacarán a los ladrones.

—¡Hum! Me da en la nariz de que aquí no debe de haber ladrones,

Maidy se echó a reír.

—Te equivocas. Por lo menos, conozco a dos —dijo alegremente.

* * *

A las diez en punto, Kopper y Maidy estaban en el despacho de Gaya, donde la joven atendía diversos asuntos de Estado.

Esperaron pacientemente. Una hora después, entró Dahlare.

El semblante del primer ministro aparecía inusitadamente grave.

—¿Han sido elegidos ya los nuevos ministros? —preguntó Gaya,

—Sí. Y también un nuevo jefe de Estado.

Gaya se puso pálida.

—¿Cómo dices, Dahlare?

El primer ministro dejó sobre la mesa una tarjeta impresa. Gaya, con manos temblorosas, leyó:

Vistos los informes negativos recibidos, se dispone el cese y sustitución de Gaya de Tjarr, como jefe Estado planetario. Nuevo jefe será Rohmon Ukla, n.° 00-BF-19886. El cese entrará en vigor inmediatamente.

Gaya se dejó caer sobre su sillón.

—Entonces... ¿ya no soy nada? —murmuró, a punto de romper en llanto.

—Lo siento —dijo Dahlare, inflexible—. La ley ordena se acaten los informes de la máquina.

—Pero... pero Rohmon Ukla no querrá combatir a Exthar V...

—Es un problema que le incumbe a él directamente. Por favor...

Dahlare se echó a un lado. Anonadada, Gaya se puso en pie y abandonó el despacho con paso vacilante.

De pronto, se vio centellear la lámpara de llamada del fonovisor.

Dahlare retrocedió para conectar el aparato. Segundos después, se oía la voz de Sbinia.

—¡Gaya!

—Lo siento, señora —dijo Dahlare—. Gaya acaba de cesar como jefe de Estado.

—¡Caramba! —exclamó Sbinia—. Vaya una noticia. Usted es Dahlare, primer ministro.

—Sí, señora.

—¿Qué ha sucedido, Dahlare?

—La máquina electora ha informado que Gaya debía cesar, eso es todo.

—Bueno, lo mismo da —dijo Sbinia despectivamente—. Le diré una cosa. El espía está ahí, en Förr XI. Lleva sobre su cuerpo un arma capaz de destruir la vida en ese planeta. Yo puedo activarla desde aquí... ¡y eso es lo que voy a hacer ahora mismo! ¡Adiós, estúpido!

CAPÍTULO XIV

Kopper se quedó helado de pavor.

¿Tenía la cápsula explosiva dentro del cuerpo?

Después de lo ocurrido, no se fiaba demasiado de que las cápsulas falsas no se hubiesen quedado en el laboratorio del doctor Aghrane. ¡Habían sucedido tantas cosas!

Pero pasaron unos minutos y no ocurrió nada. Poco a poco, respiró aliviado.

Dahlare, mientras tanto, había abandonado el despacho. Maidy agarró el brazo del joven y lo sacudió con fuerza.

—Myrin, tenemos que hacer algo —dijo—. El nuevo jefe de Estado será pacifista, pero cuando se entere de la noticia, es capaz de ordenar represalias sobre Exthar V.

—Sí, es verdad —convino él—. Pero no podemos hablarles, puesto que nos hallamos en distintos planos temporales.

—Sin embargo, podrías redactar una nota y dejarla sobre la mesa —sugirió Maidy—. Toma mi bloc de notas y este lápiz —le ofreció.

Kopper meditó unos instantes. Luego escribió:

El aviso de Sbinia es erróneo. Yo soy el espía y conseguí deshacerme de la bomba de virus que llevaba incrustada en el cuerpo. Gaya podrá darles detalles al respecto. Interróguenla a fondo. No desencadenen una guerra planetaria. Se trata, simplemente, de la rivalidad de dos mujeres por un hombre. Y cuando quieran elegir a su jefe de estado, háganlo las personas y no las máquinas. Firmado, Myrin Kopper (a) Alvan Bett.

—He puesto el nombre que me indicó Sbinia, para que no quepa error al respecto —explicó al terminar.

—Magnífico.

Maidy arrancó la hoja y la depositó sobre la mesa. Luego guardó el bloc de notas y el lápiz.

—Y ahora, Myrin —dijo con ojos brillantes—, rumbo a Exthar V.

* * *

El hombre que entró en el despacho trajo una noticia singular.

—Sbinia, los servicios de vigilancia han encontrado una nave extranjera, cuyas bodegas estaban atestadas de láminas de diamante. Sin embargo, todos sus ocupantes estaban muertos.

—¿Qué ha sucedido?

—Se produjo una explosión en el interior y el aire se escapó en breves segundos. Los tripulantes de la nave no tuvieron tiempo de protegerse.

—Muy bien. ¿Qué noticias hay de Förr XI?

—Ninguna, hasta ahora, Sbinia.

Ella se mordió los labios.

—¿Es posible que no se hayan producido todavía víctimas del virus?

—Lo ignoro —contestó el hombre.

—Bien. Seguid a la escucha. Quiero información lo antes posible. ¿Entendido?

—Sí, señora.

El hombre se dispuso a salir. Sbinia lo detuvo con un gesto de su mano:

—Ah, olvidaba una cosa. Que venga Sfariad inmediatamente.

—Está esperando en la puerta, Sbinia.

—Entonces, hazlo pasar inmediatamente.

Momentos después, un individuo alto, delgado, de rostro increíblemente arrugado y con los hombros encorvados por la edad, cruzaba el umbral del despacho.

Sfariad se cubría con un luengo manto de piel, que le cubría hasta los pies. Tenía el pelo completamente blanco, pero desgreñado, y su aspecto no resultaba agradable en modo alguno.

Oculto bajo el manto llevaba un objeto, que resultaba invisible para el ministro de Sbinia, quien no pudo contener un gesto de asco cuando Sfariad pasó por su lado. Luego salió y cerró la puerta, dejándolos solos.

—Sfariad, te cubriré de oro —dijo Sbinia—. Pero tú ya sabes lo que yo quiero.

Sfariad se inclinó profundamente.

—Señora, yo soy solamente un servidor del futuro. El futuro no me sirve a mí, tenlo bien en cuenta.

Ella hizo un gesto de impaciencia.

—Vamos, vamos, Sfariad, no te hagas el modesto —dijo—. ¿Crees que no me ha costado nada arrebatarte a esa histérica de Gaya? Empieza cuando quieras.

—Sí, señora.

Sfariad se sentó delante de la mujer y la miró profundamente. Luego sacó el objeto que llevaba bajo el manto, el cual estaba envuelto en una tela de oro, y, antes de descubrirlo, dijo:

—A Gaya también le dije lo que iba a suceder. ¿Te interesa conocer su suerte?

—Si no te importa —sonrió Sbinia.

—Le predije que alcanzaría los máximos honores.

—Pero ahora ya no es nada.

—También se lo predije —declaró Sfariad, impasible.

Sbinia palideció un instante.

Vacilaba.

—Está bien. Adelante, Sfariad.

El viejo sonrió sibilinamente. Apartó la tela dorada a un lado y dejó al descubierto una bola de cristal.

* * *

—Tenemos que andar con cuidado —dijo Kopper—. Hemos vuelto a Exthar en nuestro tiempo normal.

Maidy asintió. Afortunadamente, era de noche y la mayoría de los extharianos dormían.

De cuando en cuando, se cruzaban con algún trasnochador que caminaba por el increíble abigarramiento de construcciones de todas clases que componían la capital. Ninguno, sin embargo, pareció tomar en serio a la pareja.

Kopper había hecho sus deducciones. La máquina electora tenía que hallarse no demasiado lejos del laboratorio del doctor Aghrane.

Les costó varias horas dar con ella, pero lo consiguieron.

—Aquí no tendremos la misma suerte de coincidir con el relevo de tres ministros —dijo Maidy.

—Es lo mismo. Haremos que alguien venga a consultar la máquina. Esta loca tiene que dejar su puesto.

La máquina era absolutamente idéntica a la de Förr XI. Kopper maniobró hábilmente y consiguió la respuesta adecuada.

Sbinia debía cesar y ser sustituida por otro nativo, cuyas características detallaba la respuesta. Kopper se la aprendió de memoria y luego dejó la tarjeta bien a la vista.

Cuando terminaron, empezaba a amanecer.

—Ahora, vámonos de aquí —indicó.

Se alejaron sin ser vistos, a favor de las sombras que todavía cubrían la ciudad. Kopper maniobró con la alfombra voladora hasta situarse en las inmediaciones de la residencia de Sbinia.

Esperaron un buen rato, hasta que juzgó que Sbinia ya se hallaría en su despacho. Entonces miró a Maidy.

—¿Sientes temor? —preguntó.

Maidy movió la cabeza negativamente, aunque no dijo nada. Kopper oprimió suavemente su brazo.

Entonces, él hizo elevarse la alfombra y la situó a la altura del antepecho de la ventana donde Sbinia tenía su despacho.

* * *

Sfariad dijo:

—Veo ante ti un porvenir resplandeciente. Millones de personas te aclamarán...

Una estridente carcajada interrumpió las palabras del viejo. Sbinia, furiosa, alzó la cabeza.

—¡Kopper! —exclamo.

—El mismo, preciosa.

Kopper saltó al interior del despacho y alargó la mano para que Maidy pudiera seguirle. Sbinia se había puesto en pie, mientras Sfariad contemplaba a los recién llegados con gesto receloso.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Sbinia.

—Te presento a Maidy Grannell —respondió Kopper—. Maidy, esta es la histérica que quería destruir a Förr XI.

—¿Qué tal? —saludó Maidy, sonriendo.

Sbinia estaba aturdida.

—Todavía... estás vivo... —dijo.

—Sí. Tu señal de radio, si la lanzaste, no causó en mí ningún desperfecto.

—Pero... es imposible...

—Hice un cambio, Sbinia. Las dos cápsulas se quedaron en cierta nave, tripulada por unos piratas...

—Entiendo. Es esa nave cuyos tripulantes han muerto todos.

—Has lanzado la señal, por tanto.

—Sí.

—Está visto que uno no se puede fiar de las promesas de algunas mujeres —comentó Kopper melancólicamente. Luego se fijó en la bola de cristal—. ¿Te predecían el futuro?

—Así es, noble señor —dijo Sfariad, inclinándose profundamente—. Yo leo el porvenir...

—Impostor —dijo Maidy a media voz.

—Se lo leí a Gaya y cuanto predije, ha resultado cierto.

—¿Incluso lo de su destitución? —preguntó Kopper.

—Sí.

—Entonces usted es Sfariad.

—En efecto.

Kopper dirigió a Sbinia una mirada de burla.

—Y por un adivinador... tú y aquella otra loca estabais dispuestas a destruir vuestros mundos, en lugar de gobernarlos con justicia.

Ella apretó los labios.

—Era el verdadero fondo de la cuestión —siguió Kopper—. Sólo el

deseo de conocer el porvenir, a fin de aumentar el prestigio personal y satisfacer las propias ambiciones.

—¿Te importa mucho? —preguntó Sbinia heladamente—. Tú no eres de Exthar; por lo tanto, es un problema que no te incumbe.

—Te equivocas. A todo ser humano le incumbe la vida de millones de congéneres, que puede ser destruida por una ambición banal y carente de fundamento en absoluto. ¿Quieres saber la verdad? Pues bien. Gaya fue destituida porque yo manipulé la máquina electora.

—¡Imposible: —gritó Sbinia.

—Manipulé la máquina, es cierto, pero no hice más que describir sus verdaderas cualidades. La respuesta del aparato resultó la lógica en tales condiciones.

Las pupilas de Sbinia centellearon.

—¿Significa que aquí has hecho lo mismo? —preguntó.

Antes de que Kopper pudiera contestar, se abrió la puerta y entraron varios hombres.

—Sbinia —dijo uno de ellos—, acabas de cesar como jefe de Estado. Te presento a tu sustituto, Smanniph.

Un hombre alto, relativamente joven, de facciones agradables, avanzó unos pasos y dijo:

—Ahora yo ocupo tu puesto, Sbinia. Y mi primera orden es enviarte a un centro de reeducación, para que modifiquen tus condiciones y equilibrio psíquicos. En lo sucesivo, no podrás ocupar ningún cargo de responsabilidad.

Sbinia bajó la cabeza. Dos hombres armados se situaron a ambos lados de ella y se la llevaron en silencio.

Smanniph se enfrentó con los terrestres.

—Podéis marcharos —dijo—. Os estamos muy agradecidos por vuestra intervención.

Kopper hizo un gesto de asentimiento.

—Buscad ahora a los espías y a los ambiciosos y haced que se reeduquen. Dos mundos no pueden ser destruidos porque unos cuantos sujetos carentes de escrúpulos lo deseen.

—Así se hará —prometió Smanniph solemnemente.

Maidy estaba atónita.

—Pero... ustedes se conocían... —dijo.

Kopper sonrió.

—Tú dormías mientras yo buscaba la máquina. Pregunté por el sustituto de Sbinia y encontré a Smanniph. Entonces hablé con él y...

—Pero a mí me llevaste a hacer la consulta —alegó ella.

Kopper seguía sonriendo.

—Era otra consulta la que hice. En realidad, dejé la tarjeta que ya había

obtenido y me guardé la que había recibido estando tú. Lo que sucede es que procuré que no te dieras cuenta del cambio.

—¿Por qué, Myrin?

—Luego lo sabrás —contestó él—. Smanniph, ¿podemos marcharnos?

—Desde luego, y este viejo impostor también. Sfariad, lárgate de nuestro planeta y no pongas jamás los pies en él. ¿Entendido?

—Es una orden que obedeceré con gran placer —contestó el adivino, inclinándose profundamente.

Salieron los tres juntos. Sfariad, con expresión codiciosa, dijo:

—Si lo deseáis, puedo profetizaros vuestro porvenir. Sólo por unos gramos de diamante exthariano...

—A Sbinia no terminaste de decírselo —contestó Kopper.

Sfariad sonrió.

—No me diste tiempo, que no es lo mismo. Pero yo sabía lo que iba a suceder.

—Después de lo que has visto, claro.

—Lo sabía. Y también sabía lo de Gaya. Si un día volvéis a verla, preguntad por la fecha en que le dije mi profecía. Encontraréis que ocurrió antes de conoceros a los dos.

Kopper se quedó parado.

¿Era un adivino auténtico?

—Es un truco —sonrió Sfariad—. Basta viajar en la propia nave hasta el punto donde el tiempo se adelanta en la Banda de Ruptura y...

—¡Ah, viejo bribón! —gritó Kopper—. Te aprovechabas de que esas dos tontas desconocían ese detalle.

Sfariad sonrió maliciosamente.

—Hay tantos idiotas que lo desconocen —dijo con moderado cinismo —. Y de eso me aprovecho yo, naturalmente. A vosotros, en prueba de amistad, os haré la profecía gratuitamente...

—No, gracias —desechó Kopper la oferta—. Anda, ve por ahí y continúa engañando a otros incautos. Pero ten en cuenta que por tu culpa dos mundos han estado a punto de ser destruidos.

Sfariad soltó una risita.

—¿Crees que no conocía, desde el primer momento, la solución del conflicto? También sabía que Gaya y Sbinia acabarían por ser destituidas, naturalmente. Pero... soy un adivino y esto incrementará mi fama y, por supuesto, mi fortuna. ¿Qué, os digo el porvenir?

Kopper meneó la cabeza.

—No, gracias, Sfariad. Anda a engañar a otros incautos —dijo.

—Sí. ¡Abundan tanto!

El singular individuo se alejó.

—Tipo trapacero —murmuró Maidy.

Kopper se quedó muy preocupado unos momentos.

—Entonces, no podía ocurrir nada —dijo al cabo.

—Sí, porque se pudo producir una ruptura en las líneas del tiempo y entonces no habríamos intervenido nosotros. En ese caso, el conflicto habría seguido adelante, con las consecuencias que son de imaginar.

—No volveré más por la Banda de Ruptura —se estremeció él—. En lo sucesivo, dame tiempo normal, Maidy.

—Sí, tienes razón —convino ella—. A propósito, ¿cuál es la otra tarjeta de que hablaste antes?

—Es verdad, lo había olvidado —Kopper la sacó del bolsillo y se la entregó—. Lee, por favor.

Maidy obedeció. Las líneas impresas decían:

Respuesta a su consulta, afirmativa. Maidy Grannell es la mujer adecuada para esposa.

—¡Oh! —dijo ella, súbitamente ruborizada.

—¿Qué pasa? ¿No te agrada? —preguntó Kopper. Maidy sonrió maliciosamente.

—Querido, por una vez habrá que creer en las máquinas —contestó.

FIN

Próximo número:

FRAUDE CON LA MUERTE

Peter Kapra

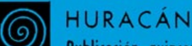
Cuando un hombre está acostumbrado
a estafar a diestra y siniestra...
Cuando un hombre ha sido,
es y será toda su vida
un tahúr...
¿Qué de extraño hay
en que quiera
estafar a la muerte?

BOLSILIBROS TORAY

OESTE



ARIZONA
Publicación quincenal. 9 ptas.



HURACÁN
Publicación quincenal. 9 ptas.



RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 9 ptas.





SIOUX
Publicación quincenal. 9 ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 9 ptas.



ESPUELA
Publicación quincenal. 9 ptas.



BEST-SELLERS DEL OESTE Los mejores "westerns" americanos.
Precio: 20 ptas. Publicación quincenal.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 9 ptas.



ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 9 ptas.



ESPACIO
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPIONAJE



Aventuras de dos extraordinarios espías.
9 ptas. Publicación quincenal.



Una selección de autores franceses.
Precio: 30 ptas. Publicación mensual.

POLICÍACO

HURÓN Los maestros europeos de hoy en narraciones de intriga, crímenes, suspense... Precio: 50 ptas. Publicación quincenal.

